

La historia del doctor Dolittle

Hugh Lofting

CAPÍTULO 1

PUDDLEBY

Erased una vez, hace muchos muchos años —cuando nuestros abuelos eran niños—, un doctor que se llamaba Dolittle —John Dolittle M. V.—. Estas letras, «M. V.», quieren decir que era médico de verdad y que sabía mucho.

El doctor vivía en una pequeña ciudad llamada Puddleby-on-the-Marsh y todo el mundo —lo mismo los jóvenes que los viejos— le conocían de vista. Así que, siempre que bajaba por la calle con la chistera puesta, la gente decía: «¡Ahí va el doctor! Es un hombre muy inteligente». Y los perros y los niños corrían hacia él y le seguían, y también los grajos que anidaban en la torre de la iglesia graznaban e inclinaban la cabeza cuando pasaba.

La casa en que vivía, en las afueras de la ciudad, era bastante pequeña, pero el jardín era muy grande y tenía una extensa pradera y bancos de piedra debajo de unos sauces llorones. Su hermana, Sarah Dolittle, se ocupaba de las tareas de la casa; pero el jardín lo cuidaba él.

El doctor era muy aficionado a los animales y los tenía de muy diferentes especies. Además de los peces de colores del estanque que había al fondo del jardín, tenía conejos en la despensa, ratoncitos blancos en el piano, una ardilla en el armario de la ropa de casa y un erizo en el sótano. También tenía una vaca con su ternero, y un viejo rocín —de veinticinco años— amaestrado, y pollos y pichones, y dos corderos, y muchos otros animales. Pero sus preferidos eran Dab-Dab el pato, Yip el perro, Gub-Gub el cerdito, Polynesia el loro, y la lechuza Tu-Tu.

Su hermana protestaba de tener todos estos animales y decía que le revolvían la casa. Un día, una señora viejecita que fue a ver al doctor para consultarle sobre su

reuma, se sentó sobre el erizo —que estaba durmiendo en el sofá— y no volvió nunca más, por lo que todos los sábados se trasladaba a Oxenthorpe, una ciudad a doce kilómetros de distancia, para consultar a otro médico.

Entonces Sarah Dolittle le dijo:

—John ¿cómo puedes esperar que vengan a verte los enfermos teniendo tantos animales en casa? ¡Ningún médico bueno tendría el salón lleno de erizos y ratones! Ésta es la cuarta persona que se ha marchado por culpa de estos bichos. El señor Jenkins y el señor párroco han dicho que no se volverían a acercar a esta casa por muy enfermos que estuviesen. Cada día que pasa somos más pobres. Si sigues así, ninguna persona importante querrá tenerte como médico.

—Es que me gustan más los animales que las personas importantes —contestó el doctor.

—Eres tonto —dijo su hermana y salió de la habitación.

Así, a medida que pasaba el tiempo, el doctor iba reuniendo más y más animales, pero tenía menos y menos clientes, hasta que, finalmente, no le quedó más paciente que el Vendedor de Carne para Gatos, al cual no le molestaba ningún animal. Pero este señor no era muy rico y sólo se ponía enfermo una vez al año —durante las Navidades— y entonces le pagaba al doctor cien pesetas por un frasco de medicinas.

Pero cien pesetas al año no era suficiente para vivir —incluso en aquel entonces, hace mucho, mucho tiempo—. Y si el doctor no hubiese tenido algún dinero ahorrado en su hucha, quién sabe lo que hubiese ocurrido.

Sin embargo, seguía adoptando cada vez más animales y, naturalmente, costaba mucho alimentarlos, por lo que el dinero que había ahorrado iba disminuyendo con rapidez.

Entonces vendió el piano y puso a vivir a los ratones en un cajón del escritorio. Pero también fue gastando el dinero que le dieron por el piano, así que vendió el traje marrón que se ponía los domingos y se fue quedando cada vez más y más pobre.

Y ahora, cuando bajaba por la calle con la chistera, la gente se decía: «¡Ahí va John Dolittle, M. V.! Hubo un tiempo en que era el médico más famoso de la región. Mírale ahora. ¡No tiene dinero y lleva los calcetines llenos de tomates!».

Pero los perros y los gatos y los niños aún corrían tras él y le seguían por la ciudad, lo mismo que habían hecho cuando era rico.

CAPÍTULO 2

EL LENGUAJE DE LOS ANIMALES

Un buen día, el doctor estaba sentado en la cocina con el Vendedor de Carne para Gatos, que había venido a consultarle porque le dolía el estómago.

—¿Por qué no deja usted de ser médico de personas y se dedica a ser médico de animales? —le preguntó.

El loro, Polynesia, que estaba encaramado en la ventana contemplando cómo llovía mientras cantaba una canción marinera en voz baja, calló y se puso a escuchar.

—Mire, doctor —continuó el Vendedor de Carne para Gatos—, usted sabe mucho de animales, mucho más que los veterinarios. ¡Ese libro que usted escribió, sobre los gatos, es estupendo! Yo no sé escribir ni leer, si no, quizá *escribiese* algunos libros. Pero mi mujer, Teodosia, es una sabia, de verdad, y me leyó su libro. Bueno, pues es estupendo. No puede decirse otra cosa, es estupendo. Es como si usted fuese un gato, porque sabe cómo piensan los gatos. Y escuche: puede ganar mucho dinero curando animales. ¿No lo había pensado? Mire, yo le enviaría a todas las viejas que tuviesen gatos o perros enfermos. Y si no se pusiesen malos de prisa, podría echarles algo en la carne que les vendo para que enfermasen. ¿Comprende?

—Oh, no, no haga eso —dijo el doctor rápidamente—. Eso no estaría bien.

—Bueno, no quería decir que para que enfermasen de verdad —contestó el Vendedor de Carne para Gatos—. No echaría más que un poquito de alguna cosa para dejarles un poco pachuchos; eso es a lo que me refería. Pero tiene razón, quizá no estuviese bien hacer eso con los animales. De todas formas, se pondrán enfermos porque las viejas les dan siempre demasiado de comer. Y mire, todos los granjeros de la comarca que tuviesen caballos lisiados o corderos débiles vendrían aquí. Hágase médico de animales.

Cuando el Vendedor de Carne para Gatos se marchó, el loro se apartó de la ventana volando, se posó en la mesa del doctor y le dijo:

—Ese hombre tiene razón. Eso es lo que usted debía ser: médico de animales. Abandone a los seres humanos, puesto que no tienen bastante seso como para darse cuenta de que usted es el mejor médico del mundo. En su lugar, cuide a los animales, que *ellos* sí que se darán pronto cuenta. Hágase médico de animales.

—Oh, hay muchos veterinarios —dijo John Dolittle mientras sacaba los tiestos al alféizar de la ventana para que los mojase la lluvia.

—Sí, hay muchos —dijo Polynesia—. Pero ninguno sirve para nada. Escuche, doctor, y le diré una cosa. ¿Sabe usted que los animales hablan?

—Sabía que hablaban los loros —contestó el doctor.

—Nosotros los loros sabemos hablar dos lenguas: la lengua de los hombres y la de las aves —dijo Polynesia con orgullo—. Si digo «Polly quiere una galleta», usted me entiende. Pero escuche esto: Ka-Ka oi-ee, fee-fee.

—¡Dios mío! —exclamó el doctor—. ¿Qué quiere decir eso?

—¿Está ya caliente la papilla?, en el lenguaje de las aves.

—¡Caramba! ¡No es posible! —exclamó el doctor—. Nunca me habías hablado de esa forma.

—¿De qué hubiese servido? —dijo Polynesia sacudiéndose unas migas de galleta del ala izquierda—. Si lo hubiese hecho, no me hubiese comprendido.

—Dime alguna otra cosa —replicó el doctor lleno de ilusión precipitándose hacia el cajón del aparador, de donde volvió con el cuaderno de cuentas y un lápiz—. Pero no vayas muy deprisa, porque voy a apuntarlo. Esto es interesante, muy interesante, y completamente nuevo. Dame primero el abecedario de las aves, pero despacito.

Y así fue como el doctor llegó a saber que los animales tenían un lenguaje propio y que podían hablarse. Y toda esa tarde, mientras llovía, Polynesia estuvo sentada en la mesa de la cocina enseñándole las palabras que usan las aves, para que las apuntase en el cuaderno.

A la hora de merendar, cuando entró Yip, el perro, el loro dijo al doctor:

—Escuche, le está *hablando*.

—Lo que me parece a mí es que se está rascando la oreja —contestó el doctor.

—Es que los animales no siempre hablan con la boca —respondió el loro en voz muy alta arqueando las cejas—. Hablan con las orejas, con las patas, con el rabo, con todo. A veces no *quieren* hacer ruido. ¿No ve ahora cómo mueve hacia arriba un lado de la nariz?

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó el doctor.

—Eso quiere decir: «¿No ve que ha dejado de llover?» —contestó Polynesia—. Le está haciendo una pregunta. Los perros casi siempre hacen las preguntas con la nariz.

Al cabo de un tiempo, con la ayuda del loro, el doctor llegó a aprender tan bien el lenguaje de los animales, que él mismo podía hablarles y entendía todo lo que decían. Entonces dejó de ser médico de personas del todo.

Tan pronto como el Vendedor de Carne para Gatos contó a todo el mundo que John Dolittle se iba a convertir en un médico de animales, muchas viejecitas empezaron a llevarle sus caniches y sus doguillos cuando se atiborraban de dulces; y había granjeros que venían de muy lejos con sus vacas y ovejas enfermas.

Un día le llevaron un caballo de tiro, y el pobre se puso muy contento al encontrar a un hombre que sabía hablar el lenguaje de los caballos.

—Verá, doctor —dijo el caballo— el veterinario que hay al otro lado de la colina no sabe nada. Lleva seis semanas tratando de curarme un tumor y lo que necesito son gafas. Me estoy quedando ciego de un ojo. No hay razón para que los caballos no usen gafas como las personas. Pero ese estúpido del otro lado de la colina ni siquiera

me ha mirado los ojos. No ha hecho más que darme unas píldoras muy grandes. He tratado de decírselo, pero no entiende ni una palabra del lenguaje de los caballos. Lo que yo necesito son gafas.

—Naturalmente, naturalmente —contestó el doctor—. Te las voy a poner inmediatamente.

—Me gustaría que fuesen como las tuyas —dijo el caballo—, pero de color verde para que me protejan los ojos contra el sol mientras estoy arando en el campo.

—Por supuesto —dijo el doctor—. Te las pondré verdes.

—Sabe usted, señor, lo malo es —dijo el caballo mientras el doctor le abría la puerta para que saliese—, lo malo es que hay *mucha* gente que cree que sabe curar a los animales sencillamente porque no se quejan. Y, en realidad, para ser un buen médico de animales hay que ser mucho más inteligente que para serlo de personas. El hijo de mi amo cree que se las sabe todas sobre los caballos. Me gustaría que le viese..., tiene la cara tan gorda que parece que no tiene ojos, y de sesos, tiene menos que el escarabajo de la patata. La semana pasada trató de ponerme una cataplasma de mostaza.

—¿Dónde te la puso? —preguntó el doctor.

—Oh, a mí no me la puso en ninguna parte —explicó el caballo—. Tan sólo intentó hacerlo. Le tiré de una coza al estanque de los patos.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el doctor.

—Soy generalmente un ser muy tranquilo —dijo el caballo— tengo mucha paciencia con la gente, normalmente no armo jaleos. Pero ya era bastante con que el veterinario me diese una medicina equivocada, así que, cuando ese estúpido de cara rubicunda empezó a hacer el indio conmigo, sencillamente, no pude aguantar más.

—¿Le hiciste mucho daño al chico? —preguntó el doctor.

—Oh, no —respondió el caballo—. Le di una patada en buen sitio y ahora le está cuidando el veterinario. ¿Cuándo estarán mis gafas?

—Te las tendré la semana próxima —dijo el doctor—. Vuelve el martes. Buenos días.

Entonces John Dolittle consiguió unas bellas gafas verdes muy grandes, y el caballo de tiro dejó de estar ciego de un ojo y veía mucho mejor.

En seguida se hizo habitual ver animales domésticos con gafas por el campo en torno a Puddleby, y ya no había ningún caballo ciego.

Lo mismo ocurría con los demás animales que le llevaban. Tan pronto como se daban cuenta de que sabía hablar su lenguaje, le decían dónde les dolía y cómo se encontraban y, naturalmente, le resultaba fácil curarlos.

Así que todos estos animales iban y les contaban a sus hermanos y a sus amigos que había un médico en la casita pequeña con el gran jardín que *era* un médico de verdad. Y siempre que algún bicho se ponía enfermo, no solamente los caballos y las vacas y los perros, sino todos los animalillos del campo, como los ratones, los tejones y los murciélagos, acudían inmediatamente a su casa, en las afueras de la ciudad, de manera que su gran jardín estaba casi siempre atestado de animales que querían entrar para consultarle.

Eran tantos, que llegó el día en que tuvo que hacer unas puertas especiales para las diferentes especies.

Escribió CABALLOS, sobre la puerta principal, VACAS sobre la puerta lateral y OVEJAS sobre la puerta de la cocina. Cada especie animal tenía su propia puerta; incluso los ratones tenían un túnel diminuto hecho para ellos y que iba a dar a la bodega, donde esperaban pacientemente en fila a que el doctor fuese a verlos.

Así, al cabo de unos pocos años, todo ser viviente, a muchos kilómetros a la redonda, llegó a saber de la existencia de John Dolittle, M. V. Y las aves que emigraban a otros países en invierno, hablaban a los animales de tierras extranjeras sobre el maravilloso médico de Puddleby-on-the-Marsh, que sabía su lenguaje y les curaba cuando tenían alguna molestia. De esta forma se hizo famoso entre los animales de toda la Tierra, más famoso, incluso, de lo que había sido entre las gentes de su región. Y era feliz y estaba muy contento con la vida que llevaba.

Una tarde en que el doctor estaba muy ocupado escribiendo en un cuaderno, Polynesia se encontraba encaramado en la ventana —como lo estaba casi siempre— contemplando las hojas que iban de acá para allá movidas por el viento. Al cabo de un rato soltó una carcajada.

—¿Qué pasa Polynesia? —preguntó el doctor levantando la vista del cuaderno.

—Estaba pensando —contestó el loro, y siguió observando las hojas.

—¿Qué pensabas?

—Pensaba en los seres humanos —dijo Polynesia—. Me ponen enfermo. Se creen que son maravillosos. El mundo existe desde hace millones de años, ¿no es así? Y lo único que la *gente* comprende del lenguaje de los animales es que cuando un perro menea la cola quiere decir: «Estoy contento». Es gracioso, ¿verdad? Usted es el primer hombre que habla como nosotros. ¡Ay! A veces me indignan los hombres, se dan tanta importancia al hablar de los animales, de los que dicen que son bestias porque son mudos. ¡Mudos! ¡Ya! Pues yo conocí una vez un papagayo que sabía decir «Buenos días» de siete maneras diferentes sin abrir ni una sola vez la boca. Sabía hablar todas las lenguas, hasta el griego. Un viejo profesor con barbas lo compró, pero no se quedó con él. Dijo que el anciano no hablaba bien el griego y que no podía aguantar el oírle enseñar la lengua mal. A veces me pregunto que habrá sido de él. Ese pájaro sabía más geografía que lo que jamás pueda llegar a saber ningún ser humano. La gente. ¡Caramba! Me imagino que si la gente llega alguna vez a aprender a volar como cualquier gorrión vulgar, ¡lo que vamos a oír hablar de ello!

—Eres un viejo pájaro muy sabio —dijo el doctor—. ¿Qué edad tienes en realidad? Sé que los loros y los elefantes a veces llegan a tener muchos años.

—No estoy del todo seguro de mi edad —contestó Polynesia—. No sé si tengo ciento ochenta y tres o ciento ochenta y cuatro. Pero sé que cuando llegué de África, el rey Carlos^[1] estaba todavía escondido en el roble, yo le vi. Estaba muerto de miedo.

CAPÍTULO 3

MÁS DIFICULTADES DE DINERO

Muy pronto el doctor empezó a ganar dinero otra vez, y su hermana Sarah, se compró un vestido nuevo y se puso muy contenta.

Algunos de los animales que venían a consultarle estaban tan enfermos, que tenían que quedarse en casa del doctor durante una semana, y cuando empezaban a mejorar, se sentaban en unas hamacas en el césped del jardín.

Con frecuencia, incluso después de ponerse mejor, no se querían marchar, pues les gustaban mucho el doctor y su casa. Y a él le daba pena decirles que se fueran. Por esta razón cada vez tenía más y más animales.

Un día en que estaba sentado al atardecer en la tapia de su jardín, fumándose una pipa, pasó por allí un organillero italiano que llevaba un mono atado con una cuerda. El doctor se dio inmediatamente cuenta de que el mono llevaba la cuerda demasiado apretada al cuello, y que estaba sucio y se sentía desgraciado, así que le quitó el mono al italiano, le dio un duro y le dijo que se fuera. El organillero se puso furioso y dijo que no quería quedarse sin el mono, a lo que el doctor le respondió que si no se iba, le daría un puñetazo en la nariz. John Dolittle era un hombre fuerte, a pesar de no ser muy alto, así que el italiano se fue, aunque soltando toda clase de insultos; y el mono se quedó en casa del doctor, donde encontró un hogar muy agradable. Los demás animales de la casa le llamaban Chi-Chi, que es una palabra corriente en el lenguaje de los monos que quiere decir «pelirrojo».

En otra ocasión fue a Puddleby un circo, y el cocodrilo, al que le dolía mucho una muela, se escapó por la noche y se fue al jardín del doctor. Éste le habló en el lenguaje de los cocodrilos y le invitó a entrar en su casa, donde le arregló la muela. Pero cuando el cocodrilo vio que la casa era tan agradable, con un sitio distinto para cada especie animal, también quiso quedarse a vivir con el doctor y pidió permiso para dormir en el estanque de los peces de colores, que estaba al fondo del jardín, prometiendo no comerse los peces. Cuando los dueños del circo fueron a buscarle, se puso tan feroz y tan salvaje que huyeron asustados. Sin embargo, con los demás habitantes de la casa era siempre tan apacible como un gatito.

Pero, entonces, las ancianas del pueblo empezaron a tener miedo de llevar sus perrillos falderos al doctor Dolittle, a causa del cocodrilo, y los granjeros no se creían que no se fuese a comer las ovejas y los corderos enfermos que llevaban para que los curase, así que el doctor le dijo al cocodrilo que tenía que volver al circo. Pero el pobre animal rompió a llorar derramando unas lágrimas tan grandes, y le pidió tanto que le dejara quedarse, que el doctor no tuvo valor para echarle.

Fue entonces cuando la hermana del doctor le dijo:

—John, tienes que echar a esa bestia. Los granjeros y las señoras tienen miedo de traerte sus animales, justo cuando empezábamos a tener algo de dinero. Ahora nos arruinaremos del todo. Es el colmo, y no aguanto más. No me ocuparé más de tu casa si no echas al caimán.

—No es un caimán —dijo el doctor—, es un cocodrilo.

—Me da igual como se llame —dijo su hermana—. Es un ser repugnante como para encontrárselo una debajo de la cama. Y no estoy dispuesta a tenerlo en casa.

—Pero me ha prometido —dijo el doctor— que no morderá a nadie. No le gusta el circo y no tengo dinero para enviarlo a África, que es su país natal. No se mete en nada y, en general, se porta muy bien. No seas tan protestona.

—Ya te lo he dicho, *no estoy* dispuesta a tenerlo aquí —dijo Sarah—. Se come el linóleo. ¡Si no lo echas ahora mismo, me marchó, me marchó y me casaré!

—Muy bien —contestó el doctor—. Vete y cástate. No puedo impedírtelo. —Cogió el sombrero y salió al jardín.

Así que Sarah Dolittle recogió sus cosas y se marchó, y el doctor se quedó solo con toda su familia animal.

Muy pronto se encontró con que era más pobre que nunca. Con tantas bocas a las que dar de comer, con tener que ocuparse de las faenas de la casa, sin que hubiera quien cosiese, y sin ingresar dinero para pagar las cuentas del carnicero, las cosas empezaron a ponerse muy negras. Pero el doctor no se preocupaba ni lo más mínimo.

—El dinero es una lata —solía decir—. Todos estaríamos mucho mejor si no se hubiese inventado. ¿Qué importa el dinero con tal de ser feliz?

Pero muy pronto los mismos animales empezaron a preocuparse, y una noche, cuando el doctor se había quedado dormido en su butaca ante la chimenea de la cocina, empezaron a comentarlo entre ellos en voz muy baja. Y la lechuza, Tu-Tu,

que sabía mucho de aritmética, calculó que sólo quedaba dinero para una semana, y eso si todos no hacían más que una comida al día.

Entonces dijo el loro:

—Yo creo que deberíamos realizar entre todos las faenas de la casa. Es lo menos que podemos hacer. Al fin y al cabo es por nuestro bien por lo que el amo está solo y es tan pobre.

De esta manera se acordó que el mono, Chi-Chi, guisaría y cosería; el perro barrería los suelos; el pato limpiaría el polvo y haría las camas; la lechuza, Tu-Tu, llevaría las cuentas, y el cerdo se ocuparía del jardín, y por ser el animal de más edad, nombraron a Polynesia, el loro, ama de llaves y lavandera.

Naturalmente, al principio todos, excepto Chi-Chi, que tenía manos y podía trabajar como una persona, encontraron sus respectivas tareas muy difíciles, pero pronto se acostumbraron a ello y les resultaba muy divertido ver a Yip, el perro, barriendo el suelo con un trapo verde atado a la cola a modo de escoba. Y no tardaron mucho en hacer las cosas tan bien, que el doctor dijo que nunca había tenido la casa tan ordenada y tan limpia.

De esta manera todo marchó bien durante algún tiempo, pero la falta de dinero les creaba serias dificultades.

Entonces los animales pusieron un puesto de flores y verduras a la puerta del jardín y vendían rábanos y rosas a las personas que pasaban por la carretera.

A pesar de todo, no conseguían sacar bastante dinero para pagar las cuentas. El doctor, no obstante, seguía sin preocuparse. Cuando el loro le dijo que el pescadero ya no les quería vender pescado, contestó.

—No importa. Mientras las gallinas pongan huevos y la vaca dé leche, podemos

comer tortillas y cuajada. Y quedan muchas verduras en la huerta. Aún falta bastante para que llegue el invierno. No os preocupéis. Eso era lo malo de Sarah, que se preocupaba demasiado por todo. ¿Qué tal le irá a Sarah? Es una mujer excelente, en algunas cosas. ¡Vaya, vaya!

Pero la nieve empezó a caer ese año antes de lo acostumbrado, y aunque el viejo caballo cojo traía mucha leña del bosque que había en las afueras de la ciudad, para encender un buen fuego en la cocina, la mayoría de las verduras del jardín habían desaparecido y las que quedaban estaban cubiertas de nieve, así que muchos de los animales estaban verdaderamente hambrientos.

CAPÍTULO 4

LLEGA UN MENSAJE DE ÁFRICA

A

quel invierno fue muy frío, y una noche de diciembre en la que todos estaban sentados en torno a la chimenea de la cocina, mientras el doctor les leía en voz alta uno de los libros que había escrito en el lenguaje de los animales, la lechuza, Tu-Tu, dijo de

repente:

—¡Sss! ¿Qué es ese ruido de fuera?

Todos se pusieron a escuchar y, al poco rato, oyeron que alguien corría. Entonces se abrió la puerta de par en par y el mono, Chi-Chi, entró precipitadamente, casi sin aliento.

—¡Doctor! —gritó—, acabo de recibir un mensaje de un primo mío de África. Hay una grave enfermedad entre los monos. Todos la están cogiendo y mueren a centenares. Han oído hablar de usted y le ruegan que vaya a África para curarles.

—¿Quién ha traído la noticia? —preguntó el doctor quitándose las gafas y dejando el libro.

—Una golondrina —dijo Chi-Chi—. Está fuera, en el aljibe.

—Tráela aquí al lado del fuego —dijo el doctor—. Debe de estar muerta de frío. ¡Las golondrinas emigraron hacia el Sur hace ya seis semanas!

Trajeron a la golondrina, que tiritaba muy acurrucada, y aunque al principio estaba un poco asustada, pronto se calentó y, posándose en la repisa de la chimenea, empezó a hablar.

Cuando hubo terminado, dijo el doctor.

—Me gustaría ir a África, especialmente ahora que hace este tiempo tan frío. Pero, desgraciadamente, no tenemos dinero suficiente para los billetes. Dame la hucha, Chi-Chi.

El mono subió y la cogió de la última balda del aparador.

Estaba vacía, ¡no había ni una sola peseta!

—Estaba seguro de que quedaban dos pesetas —dijo el doctor.

—Sí que *quedaban* —dijo la lechuza—. Pero usted se las gastó en un sonajero para la cría del tejón cuando estaba echando los dientes.

—¿Que las gasté? —dijo el doctor—. ¡Vaya por Dios! ¡Vaya por Dios! Verdaderamente ¡qué lata es esto del dinero! Bueno, no importa. Si bajo al puerto, quizá puedan prestarme un barco que nos lleve a África. Yo conocí hace tiempo a un marinero que me trajo a su niño con sarampión. A lo mejor nos deja su barco, pues el niño se puso bien.

Al día siguiente por la mañana temprano el doctor se fue al puerto, y cuando volvió, les dijo a los animales que estaba todo arreglado, que el marinero les iba a prestar su barco.

Entonces el cocodrilo, el mono y el loro se pusieron muy contentos y empezaron a cantar porque iban a volver a África, su verdadero país. Y el doctor les dijo:

—No podré llevar más que a vosotros tres y a Yip el perro, a Dab-Dab el pato, a Gub-Gub el cerdo y a la lechuza Tu-Tu. Los demás animales: los lirones, las ratas de agua y los murciélagos, tendrán que volver al campo, de donde proceden, hasta que volvamos. Pero como la mayoría pasan el invierno durmiendo, no les importará; además, no les sentaría bien ir a África.

Entonces el loro, que había hecho ya otros viajes largos por mar, empezó a decir al doctor todo lo que tendría que llevar para el barco.

—Tiene que llevar muchas galletas saladas —dijo—, que es lo que llaman «pan del navegante», y además latas de carne y un ancla.

—Supongo que el barco tendrá ancla —dijo el doctor.

—Bueno, por si acaso, asegúrese —dijo Polynesia—, porque es muy importante. No se puede parar si no tiene ancla. Y necesitará una campana.

—¿Y eso para qué es? —preguntó el doctor.

—Para dar la hora —dijo el loro—. Se toca cada treinta minutos y así se sabe qué hora es. Y lleve una gran cantidad de cuerda, siempre es útil en las travesías.

Después empezaron a pensar de dónde iban a sacar el dinero para comprar todo lo que necesitaban.

—¡Qué lata! ¡El dinero otra vez! —exclamó el doctor—. ¡Dios mío, qué a gusto me voy a encontrar en África, donde no nos hará falta! Iré a preguntar al tendero si no

le importa esperar a que le pague cuando vuelva. Y eso que... no. Le diré al marinero que vaya él.

Así que el marinero fue a ver al tendero, y al poco rato volvió con todo lo que necesitaban.

Entonces los animales hicieron el equipaje, y después de cortar el agua para que las cañerías no se helasen y de poner las contraventanas, cerraron la casa y entregaron la llave al viejo caballo, que vivía en el establo. Pero antes comprobaron que había bastante paja en el granero para que le durase al caballo todo el invierno. Llevaron el equipaje al puerto y embarcaron.

El Vendedor de Carne para Gatos había ido a despedirles y le llevó al doctor de regalo una gran tarta de yema y merengue, porque dijo que le habían informado que en el extranjero no había esa clase de tarta.

Tan pronto como hubieron embarcado, Gub-Gub, el cerdo, preguntó dónde estaban las camas, pues eran las cuatro de la tarde y quería echarse su siesta, así que Polynesia le bajó al interior del barco y le enseñó las camas, que estaban adosadas a la pared, unas encima de otras, como si fuesen estanterías.

—Pero ¡si esto no es una cama! —exclamó Gub-Gub—. ¡Es una estantería!

—Las camas son siempre así en los barcos —contestó el loro—. No es una estantería. Súbete y duerme. A esto se le llama «litera».

—Me parece que no me voy a ir a la cama todavía —dijo Gub-Gub—. Estoy demasiado nervioso. Quiero volver a subir y ver la salida.

—Bueno, éste es tu primer viaje —dijo Polynesia—. Te acostumbrarás a esta vida al cabo de algún tiempo. —Y volvió a subir las escaleras del barco tarareando esta canción:

Conozco el mar Negro y el mar Rojo;
he dado la vuelta a una isla Blanca;
he descubierto el río Amarillo,
y también el de color Naranja al anochecer.
Atrás queda el Cabo Verde,
y ante mí se extiende el océano Azul.
Estoy cansado de tantos colores, María,
por esto vuelvo junto a ti.

Estaban ya a punto de emprender el viaje, cuando el doctor dijo que tenía que volver para preguntar al marinero el camino de África. Pero la golondrina les dijo que ella había ido a ese país muchas veces y que les indicaría cómo se iba.

Entonces el doctor dijo a Chi-Chi que levase el ancla, con lo que dio comienzo el viaje.

CAPÍTULO 5

EL GRAN VIAJE

Durante seis semanas enteras estuvieron navegando sin parar sobre el ondulante mar siguiendo a la golondrina, que volaba delante del barco para indicarles el camino. Por la noche llevaba un farol diminuto para que no la perdiesen en la oscuridad; y los navegantes que iban en los barcos, que pasaban, confundían la lucecita con una estrella fugaz.

A medida que navegaban hacia el Sur, cada vez se sentía más y más calor. Polynesia, Chi-Chi y el cocodrilo disfrutaban de lo lindo tomando el sol, y corrían de un lado para otro riéndose y asomándose por la borda por si ya se veía África.

Pero el cerdo, el perro y la lechuza Tu-Tu no tenían fuerzas para nada con aquel calor, así que iban sentados al final del barco a la sombra de un gran barril, con la lengua fuera, bebiendo limonada.

Dab-Dab, el pato, se refrescaba tirándose al mar y siguiendo el barco a nado, y de vez en cuando, si tenía demasiado calor en la parte superior de la cabeza, pasaba por debajo del barco buceando y salía por el otro lado. Esto le servía, además, para pescar arenques, pues los martes y viernes todos los tripulantes del barco comían pescado para que la carne les durase más tiempo.

Al llegar cerca del Ecuador, vieron que unos peces voladores se dirigían hacia ellos. Y los peces preguntaron al loro si aquél era el barco del doctor Dolittle. Cuando les contestó que sí, dijeron que se alegraban mucho porque los monos de África estaban preocupados de que no fuese a llegar nunca. Polynesia les preguntó cuántas millas les faltaban todavía, y los peces voladores respondieron que ya no quedaban más que cincuenta y cinco millas para llegar a la costa de África.

En otra ocasión apareció un banco de marsopas bailando sobre las olas, y también preguntaron a Polynesia si aquél era el barco del famoso doctor. Cuando les dijo que sí, que lo era, preguntaron al loro si el doctor necesitaba algo para el viaje.

Polynesia respondió:

—Sí. Se nos han terminado las cebollas.

—No lejos de aquí hay una isla —dijeron las marsopas— donde crecen cebollas salvajes muy altas y fuertes. Continúa en línea recta, nosotras cogeremos algunas y luego os alcanzaremos.

Dicho esto, las marsopas salieron a toda velocidad por el mar. Muy pronto el loro las volvió a ver. Venían por detrás arrastrando las cebollas por encima de las olas en grandes redes hechas con algas.

La noche siguiente, cuando el sol se estaba poniendo, dijo el doctor:

—Dame el telescopio, Chi-Chi. Estamos llegando al final de nuestro viaje. Creo que muy pronto deberíamos ver ya las costas de África.

Y, en efecto, media hora después les pareció ver algo a lo lejos que podía ser tierra. Pero empezó a oscurecer rápidamente y no estaban seguros de que lo fuera.

Entonces se desencadenó una gran tempestad con truenos y relámpagos. El viento bramaba, la lluvia caía a cántaros y las olas se hicieron tan grandes que saltaban por encima del barco.

Al poco rato se oyó un *gran* estrépito. El barco se paró y dio la vuelta de lado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el doctor subiendo de la parte de abajo.

—No estoy seguro —dijo el loro—, pero creo que hemos naufragado. Dígale al pato que salga y lo vea.

Así que Dab-Dab se sumergió bajo las olas, y cuando volvió a salir, dijo que habían chocado contra una roca, y se había hecho un gran agujero en el barco por donde entraba agua, y que se estaban hundiendo rápidamente.

—Debemos de haber tropezado con África —dijo el doctor—. ¡Dios mío! Bueno, pues no tenemos más remedio que ir todos nadando a tierra.

Pero Chi-Chi y Gub-Gub no sabían nadar.

—¡Coged la cuerda! —gritó Polynesia—. Ya os dije que nos resultaría muy útil ¿Dónde está el pato? Ven aquí, Dab-Dab. Agarra este extremo de la cuerda, vete volando a tierra y ácala a una palmera. El otro extremo lo sujetaremos aquí en el barco. Y los que no sepan nadar que avancen agarrándose a la cuerda hasta que lleguen a tierra. A esto se le llama la «cuerda salvavidas».

Todos llegaron sanos y salvos a la orilla: unos nadando, otros volando, y los que desembarcaron agarrándose a la cuerda, transportaron el baúl y el maletín del doctor.

Pero el barco quedó inservible a causa del gran agujero que tenía en el fondo, y poco después, el embravecido mar lo hizo pedazos contra las rocas y los restos de madera se desperdigaron por el agua.

Entonces se cobijaron todos en una cueva bien seca que encontraron en lo alto de los acantilados, hasta que pasó la tormenta.

Al salir el sol, a la mañana siguiente, bajaron a la playa para secarse en la arena.

—¡Mi querida África! —suspiró Polynesia—. ¡Cuánto me alegro de volver! Imaginaros, mañana hará ciento sesenta y nueve años que me marché de aquí. Y no ha cambiado nada. Las mismas palmeras, la misma tierra rojiza, las mismas hormigas negras. No hay lugar como el propio país.

Y los demás se dieron cuenta de que tenía lágrimas de alegría en los ojos por haber vuelto a pisar su tierra natal.

El doctor echó entonces de menos su chistera, que había volado, mar adentro, durante la tempestad: así que Dab-Dab salió a buscarla. Al cabo de un rato la divisó, muy lejos, flotando sobre el agua como un barco de juguete.

Cuando se acercó vio que dentro iba uno de los ratoncitos blancos, muy asustado, por cierto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el pato—. Te dijeron que te quedaras en Puddleby.

—No quise quedarme —dijo el ratón—. Quería conocer África; además tengo aquí unos parientes. Así que me escondí en el equipaje y me subieron al barco con las galletas. Cuando el barco se hundió, me asusté mucho porque no sé nadar muy bien. Fui nadando mientras pude, pero me cansé muy pronto y creí que me iba a ahogar; sin embargo justo en ese momento pasó flotando el sombrero del amo y me metí en él para no ahogarme.

El pato cogió el sombrero con el ratón dentro y se lo llevó al doctor, que estaba en la orilla. Todos le rodearon para verlo.

—Esto es lo que se llama «viajar de polizón» —dijo el loro.

Poco después, cuando estaban buscando un sitio en el baúl, donde el ratón pudiese ir cómodamente, el mono, Chi-Chi, dijo de repente:

—¡Ssss! Oigo pasos en la selva.

Todos se callaron para escuchar, y al momento salió un hombre negro del bosque y les preguntó qué estaban haciendo allí.

—Me llamo John Dolittle, M. V. —dijo el doctor—. Me han pedido que venga a África para curar a los monos que están enfermos.

—Tenéis que venir todos ante el rey —dijo el negro.

—¿Qué rey? —preguntó el doctor, que no quería perder tiempo.

—El rey de los Yoliyinki —contestó el hombre—. Todas estas tierras son tuyas, y a todos los extranjeros hay que llevarlos ante él. Seguidme.

En vista de esto, cogieron sus equipajes y emprendieron la marcha hacia la selva detrás de aquel hombre.

CAPÍTULO 6

POLYNESIA Y EL REY

Después de recorrer un breve trecho por el espeso bosque, llegaron a un espacio amplio y despejado, donde vieron el palacio del rey, que estaba construido con barro.

Allí vivía el rey con la reina, Ermintruda, y su hijo el príncipe Bumpo. El príncipe se había ido a pescar salmones al río. Pero el rey y la reina estaban sentados bajo una sombrilla ante la puerta del palacio. La reina Ermintruda estaba dormida.

Cuando el doctor llegó al palacio, el rey le preguntó qué hacía allí, y el doctor le explicó cuál era la razón de su viaje a África.

—No le permito viajar por mi país —dijo el rey—. Hace muchos años un hombre blanco llegó a estas tierras y yo me porté muy bien con él. Pero después de hacer muchos hoyos en la tierra para sacar oro y de matar todos los elefantes para quedarse con los colmillos de marfil, se marchó en secreto en su barco sin darme ni siquiera las gracias. Nunca más volverá a viajar un hombre blanco por las tierras de Yoliyinki.

Después de decir esto, el rey eligió unos cuantos hombres de su guardia que había cerca y dijo:

—Llevaos a este médico con todos sus animales y encerradlos en la cárcel más segura.

Así que seis negros se llevaron al doctor y a todos los animales y los encerraron en un calabozo de piedra. Éste no tenía más que una pequeña ventana con rejas en lo alto del muro y la puerta era fuerte y gruesa.

Todos se pusieron muy tristes y Gub-Gub rompió a llorar, pero Chi-Chi le dijo que le pegaría si no dejaba de hacer ese horrible ruido, así que se calló.

—¿Estamos todos? —preguntó el doctor después de haberse acostumbrado a la oscuridad.

—Sí, creo que sí —dijo el pato y empezó a contarlos.

—¿Dónde está Polynesia? —preguntó el cocodrilo—. No está aquí.

—¿Estás seguro? —dijo el doctor—. Mira otra vez. ¡Polynesia! ¡Polynesia! ¿Dónde estás?

—Supongo que se ha escapado —gruñó el cocodrilo—. Bueno, esto es típico de él. Ha huido a la selva tan pronto como sus amigos se han metido en un lío.

—No soy ese tipo de pájaro —dijo el loro saliendo del bolsillo de atrás de la levita del doctor—. Mira, soy tan pequeño que puedo pasar entre los barrotes de esa ventana y he tenido miedo de que me metiesen en una jaula. Así que, mientras el rey hablaba, me escondí en el bolsillo del doctor y ¡aquí estoy! Esto es lo que se llama una «estratagema» —dijo alisándose las plumas con el pico.

—¡Vaya! —exclamó el doctor—. Tienes suerte de que no me haya sentado encima de ti.

—Ahora escuchad —dijo Polynesia—. Esta noche, tan pronto como oscurezca, me deslizaré sigilosamente entre los barrotes de la ventana e iré volando a palacio. Ya veréis como pronto encuentro la manera de que el rey nos deje salir de la cárcel.

—¡Oh!, pero ¿qué vas a poder hacer tú? —dijo Gub-Gub levantando el hocico y poniéndose a llorar de nuevo—. ¡No eres más que un pájaro!

—Eso es verdad —dijo el loro—. Pero no olvides que, aunque no soy más que un pájaro, *sé hablar con las personas* y conozco a esta gente.

Así que por la noche, cuando la luz de la luna se filtraba entre las palmeras y todos los servidores del rey estaban durmiendo, el loro pasó sigilosamente entre los barrotes y salió volando hacia el palacio. Alguien había roto la ventana de la despensa con una pelota de tenis la semana anterior y Polynesia se coló por el agujero del cristal.

Primero oyó roncar al príncipe Bumpo en su dormitorio, que estaba al fondo del palacio. Luego subió de puntillas la escalera y fue hasta el dormitorio del rey, abrió la puerta con mucho cuidado y echó una ojeada.

La reina no estaba esa noche, pues había ido a un baile en casa de su primo, pero el rey estaba en la cama profundamente dormido.

Polynesia entró cautelosamente, muy despacito, y se metió debajo de la cama. Entonces se puso a toser exactamente lo mismo que tosía el doctor Dolittle. Polynesia sabía imitar a todo el mundo.

El rey abrió los ojos y dijo adormilado:

—¿Eres tú, Ermintruda? —(creyó que era la reina que había vuelto del baile).

Entonces el loro volvió a toser, esta vez más alto, como si fuese un hombre. Al oírlo el rey se sentó en la cama, completamente despierto, y dijo:

—¿Quién es?

—Soy el doctor Dolittle —dijo el loro exactamente igual que lo hubiese dicho el doctor.

—¿Qué hace usted en mi cuarto? —gritó el rey—. ¡Cómo se ha atrevido a salir de la cárcel! ¿Dónde está? No le veo.

Pero el loro no hizo más que reír: una risa prolongada, profunda y alegre como la del doctor.

—Deje de reírse y venga aquí inmediatamente para que pueda verle —dijo el rey.

—¡Qué rey más tonto! —contestó Polynesia—. ¿Ha olvidado que está hablando a John Dolittle, M. V., el hombre más extraordinario de la tierra? Claro que no puede verme. Me he hecho invisible. No hay nada que no pueda hacer. Pero escuche: he venido aquí esta noche para prevenirle. Si no nos deja cruzar su reino a mí y a mis animales, haré que usted y todos sus súbditos se pongan enfermos como los monos. Pues yo soy capaz de curar, pero también puedo hacer que la gente se ponga enferma con sólo levantar el dedo meñique. Envíe inmediatamente a sus soldados para que abran las puertas del calabozo o, si no, tendrá paperas antes de que haya aparecido el sol detrás de las montañas de Yoliyinki.

Entonces el rey empezó a temblar y sintió mucho miedo.

—Doctor —exclamó— se hará lo que usted dice. No levante el dedo meñique, por favor. —Dicho esto, se tiró de la cama de un salto y salió corriendo para ordenar a los soldados que abriesen la puerta de la cárcel.

Tan pronto como se hubo marchado, Polynesia se deslizó al piso de abajo y salió del palacio por la ventana de la despensa.

Pero la reina, que en ese momento estaba abriendo la puerta de servicio para entrar, vio al loro salir por el cristal roto, y cuando el rey volvió a la cama le contó lo que había visto.

El rey se dio cuenta de que le habían engañado y se puso furioso, por lo que volvió corriendo a la cárcel.

Pero era demasiado tarde. Las puertas estaban abiertas y el calabozo vacío. El doctor y todos sus animales se habían marchado.

CAPÍTULO 7

EL PUENTE DE MONOS

La reina Ermintruda jamás, en su vida, había visto a su marido tan furioso como esa noche. Le rechinaban los dientes de ira. Llamó idiotas a todos. Le tiró el cepillo de dientes al gato del palacio. Anduvo alocado por todas partes en camisón, despertó al ejército y lo envió a la selva para atrapar al doctor. Luego ordenó que fuesen también todos sus criados —los cocineros, los jardineros, su barbero y el preceptor del príncipe Bumpo—, e incluso la reina, que estaba cansada de haber bailado toda la noche con unos zapatos que le quedaban estrechos, fue enviada a ayudar a los soldados.

Mientras tanto, el doctor y sus animales iban corriendo por el bosque, lo más deprisa posible, hacia la Tierra de los Monos.

Gub-Gub, como tenía las piernas tan cortas, se cansó pronto; y el doctor tuvo que cogerle en brazos, lo cual resultaba muy penoso, puesto que llevaban también el baúl y el maletín.

El rey de Yoliyinki pensó que a su ejército le resultaría fácil encontrarles, ya que el doctor desconocía el país y no sabía el camino. Pero estaba equivocado, porque el mono, Chi-Chi, conocía todos los senderos que atravesaban la selva, incluso mejor que los servidores del rey, y llevó al doctor y a sus animales a la parte más espesa del bosque, a un lugar donde jamás había llegado un hombre, y los escondió a todos en un gran árbol hueco que estaba entre unas rocas muy altas.

—Mejor será que esperemos aquí —dijo Chi-Chi— hasta que los soldados se hayan vuelto a la cama. Entonces podremos seguir hacia el País de los Monos.

Así que allí se quedaron toda la noche.

Con frecuencia oían a los hombres del rey hablar mientras exploraban aquella parte de la selva. Pero estaban fuera de peligro, pues nadie conocía ese escondrijo, ni siquiera otros monos, excepto Chi-Chi.

Finalmente, cuando la luz del día empezaba a traspasar las grandes hojas de las altísimas copas de los árboles, oyeron a la reina Ermintruda decir con una voz muy cansada que no valía la pena seguir buscando, que podían muy bien volver y dormir un poco.

Tan pronto como todos los soldados se hubieron marchado, Chi-Chi hizo salir al doctor y a todos los animales del escondite y emprendieron el camino hacia el País de los Monos.

Estaban muy, muy lejos y a menudo se sentían muy cansados, especialmente Gub-Gub. Pero cuando lloraba le daban leche de coco, que le gustaba mucho.

Tenían de sobra comida y bebida porque Chi-Chi y Polynesia conocían las diferentes variedades de frutas y verduras que crecen en la selva —como dátiles,

higos, cacahuetes, batatas—, así como dónde encontrarlas. Con el zumo de las naranjas silvestres hacían un refresco que endulzaban con la miel que cogían de las colmenas que había en algunos árboles huecos. No importaba lo que pidiesen: Chi-Chi y Polynesia siempre conseguían lo que deseaban o, si no, algo parecido. Un día incluso encontraron tabaco para el doctor, pues se le había terminado el que llevaba y le apetecía fumar.

Por la noche dormían en tiendas de campaña hechas con hojas de palmera sobre gruesos y suaves lechos de hierba seca. Al cabo de algún tiempo se acostumbraron a andar mucho, ya no se cansaban tanto, y les divertía aquella vida viajera.

Pero siempre se alegraban cuando llegaba la noche y hacían un alto para descansar. Entonces el doctor encendía una pequeña hoguera con palos, y después de cenar, se sentaban alrededor para escuchar a Polynesia, que cantaba canciones sobre el mar, o a Chi-Chi, que les relataba historias de la selva.

Y algunas de las historias que contaba Chi-Chi eran muy interesantes, pues aunque los monos no tuvieron libros sobre su historia hasta que el doctor Dolittle se los escribió, conservan el recuerdo de todo lo que sucede porque se lo cuentan de padres a hijos. Y Chi-Chi habló de muchas cosas que su madre le había relatado — historias de hace mucho, mucho tiempo, de antes de Noé y el Diluvio—, de los tiempos en que los seres humanos se vestían con pieles de oso, vivían en los agujeros de las rocas, y comían la carne cruda porque no sabían guisar, pues no conocían el fuego. Y les habló de los gigantescos mamuts y de los lagartos —que eran tan largos como un tren—, que vagaban por los montes en aquellos tiempos mordisqueando las copas de los árboles. Y a veces le escuchaban con tanto interés que, hasta que había terminado de hablar, no se daban cuenta de que el fuego se había apagado del todo. Y entonces tenían que salir corriendo para buscar más leña y encender otro.

Ahora bien, cuando el ejército del rey volvió y le dijo a éste que no habían encontrado al doctor, el rey les ordenó que volvieran a la selva y permaneciesen allí hasta capturarlo. Así que, durante todo este tiempo en que el doctor y sus animales avanzaban hacia el País de los Monos pensando que estaban a salvo, en realidad, los hombres del rey continuaban siguiéndole. Si Chi-Chi lo hubiese sabido, seguramente les hubiera vuelto a esconder. Pero no lo sabía.

Un día, Chi-Chi trepó a lo alto de una elevada roca para echar un vistazo por encima de las copas de los árboles, y cuando bajó dijo que estaban ya muy cerca del País de los Monos y que pronto llegarían.

Y esa misma noche, en efecto, vieron al primo de Chi-Chi y a otros muchos monos que todavía no se habían puesto enfermos, esperándoles encaramados en los árboles al borde de un pantano. Cuando vieron que el famoso médico venía de verdad, empezaron a armar un gran alboroto y le aclamaron con entusiasmo mientras agitaban grandes hojas y se columpiaban de rama en rama en señal de bienvenida.

Todos querían cargar con el maletín y el baúl y con todo lo que llevaba, y uno de los monos más grandes incluso cogió en brazos a Gub-Gub, que estaba muy cansado. Luego, dos de ellos se adelantaron para avisar a los que estaban enfermos que el gran médico, al fin, había llegado.

Lo malo fue que los hombres del rey, que aún les seguían, oyeron el griterío de los monos y, así, supieron dónde estaba el doctor, y aceleraron el paso para capturarlo.

El mono grande que llevaba a Gub-Gub, iba el último porque andaba más despacio, por ello vio al capitán del ejército esconderse entre los árboles, y avisó al doctor para que corriese.

Todos echaron a correr lo más deprisa posible, y los hombres del rey, que venían detrás, empezaron a correr también. El capitán era el que más corría.

En ese momento, el doctor tropezó con su maletín de medicinas y se cayó en el barro. El capitán pensó que esta vez no se le escaparía.

Pero el capitán tenía las orejas muy largas y el pelo muy corto. Y al dar un salto hacia adelante para atrapar al doctor, se le enganchó una oreja en un árbol y el resto del ejército tuvo que pararse para ayudarlo.

Mientras tanto, el doctor se había levantado y continuó corriendo y corriendo. De repente, Chi-Chi gritó:

—¡Adelante! Ya nos queda poco.

Llegaron a un precipicio muy escarpado al fondo del cual corría un río. Éste era el límite del reino de Yoliyinki y del otro lado del río estaba el País de los Monos.

Yip, el perro, miró entonces hacia el precipicio, que era muy profundo, y dijo:

—¡Caramba! ¿Cómo nos vamos a arreglar para pasar al otro lado?

—¡Ay! —exclamó Gub-Gub—. Los soldados del rey están ya muy cerca ¡Miradlos! Tengo miedo de que nos vuelvan a llevar a la cárcel —y se echó a llorar.

El mono grande que llevaba al cerdo, le dejó caer en el suelo y gritó a los otros monos:

—¡Chicos, un puente! ¡Rápido! ¡Haced un puente! No nos queda más que un minuto para hacerlo. Han desenganchado al capitán y viene a la velocidad de un gamo. ¡Hay que espabilar! ¡Un puente! ¡Un puente!

El doctor se preguntaba con qué irían a hacer un puente, y miró en torno suyo para ver si tenían maderos escondidos en alguna parte.

Pero cuando volvió a mirar al precipicio vio un puente que colgaba de un lado a otro del río hecho de monos vivos. Mientras estaba vuelto de espaldas, los monos, a la velocidad del relámpago, habían formado un puente agarrándose las manos y los pies unos a otros.

Y el mono grande gritó al doctor:

—¡Crúcelo! ¡Crúcenlo todos deprisa!

Gub-Gub tenía un poco de miedo a andar sobre un puente tan estrecho y a tanta altura del río que daba vértigo. Pero lo pasó muy bien, y lo mismo los demás.

John Dolittle fue el último en cruzar. Y justo cuando estaba llegando a la otra orilla, aparecieron los soldados del rey, que le amenazaron con los puños y chillaron de rabia, pues se dieron cuenta de que habían llegado tarde. El doctor y todos los animales estaban a salvo en el País de los Monos y el puente se replegó hacia el otro lado.

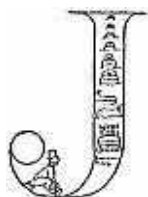
Entonces Chi-Chi se volvió hacia el doctor y dijo:

—Muchos eminentes exploradores y naturalistas de barba gris han permanecido durante muchas semanas escondidos en la selva esperando ver a los monos hacer este truco. Pero nunca, hasta ahora, hemos dejado que un hombre blanco lo contemple. Usted es el primero que ha visto el famoso «puente de monos».

Y el doctor se sintió muy satisfecho.

CAPÍTULO 8

EL JEFE DE LOS LEONES



John Dolittle se encontró con que había muchísimo que hacer, pues cientos y miles de monos, de todas las especies, estaban enfermos: gorilas, orangutanes, chimpancés, mandriles con cara de perro, titís, micos, monos de pelo gris. Y otros muchos ya habían muerto.

Lo primero que hizo fue aislar a los enfermos de los sanos. Después dijo a Chi-Chi y a su primo que le construyesen una pequeña cabaña de paja. Luego hizo que viniesen todos los monos que todavía estaban sanos para vacunarlos.

Y durante tres días y tres noches estuvieron llegando monos de la selva, los valles y los montes a la cabaña de paja, donde el doctor se pasaba el día y la noche sentado vacunando y vacunando sin cesar.

Luego le hicieron otra cabaña, una casa grande con muchas camas, y alojó en ella a todos los enfermos.

Pero eran tantos los que estaban enfermos, que no había bastantes sanos para cuidarles, así que envió recado a otros animales, como los leones, los leopardos y los antílopes, a fin de que viniesen a ayudar como enfermeros.

El jefe de los leones era un ser muy orgulloso, y cuando llegó a la gran casa, llena de camas, del doctor, se mostró muy irritado y despreciativo.

—¿Se atreve usted a darme órdenes a mí, señor? —dijo mirando ferozmente al doctor—. ¿Se atreve usted a pedirme a mí, a *mí*, el *Rey de los Animales*, que haga de criado de unos cuantos monos sucios? ¡Vaya, si ni siquiera me los comería de aperitivo!

El león tenía un aspecto muy feroz, pero el doctor trató por todos los medios de que no notase que le tenía miedo.

—Yo no le he pedido que se los coma —dijo con tranquilidad—. Y además, no están sucios. Todos se han bañado esta mañana. La piel de *usted* sí que necesita un buen cepillado. Ahora escuche, le voy a decir una cosa: puede llegar un día en que se pongan enfermos los leones. Y si ustedes no ayudan a los otros animales ahora, los leones pueden encontrarse completamente solos cuando *estén* pasando un momento difícil. Eso les ocurre a veces a los seres demasiado orgullosos.

—Los leones no *pasan* nunca momentos difíciles, únicamente los *crean* —dijo el jefe dando un respingo con la nariz, tras de lo cual se internó en la selva con paso majestuoso, con la sensación de que había actuado muy inteligente y astutamente.

Entonces los leopardos se sintieron orgullosos también y dijeron que no ayudarían. Y luego, naturalmente, los antílopes, aunque eran demasiado tímidos y vergonzosos para faltarle el respeto al doctor, como había hecho el león. Se limitaron a piafar y a sonreír bobaliconamente, y dijeron que nunca habían sido enfermeros.

Después de esto, al pobre doctor le invadió una enorme preocupación. ¿De dónde iba a conseguir suficiente ayuda para cuidar a todos los monos que estaban en cama?

Sin embargo, cuando el jefe de los leones volvió a su guarida, vio a su mujer, la leona reina, que salía corriendo a su encuentro con la melena despeinada.

—Uno de los cachorros no quiere comer —dijo—. No sé qué hacer con él. No ha tomado nada desde anoche.

Estaba tan nerviosa que se puso a llorar y a temblar, pues era una buena madre, aunque fuese leona.

Entonces el jefe entró en la guarida y miró a sus hijos: dos cachorritos preciosos que estaban tumbados en el suelo. A uno de ellos se le veía muy pachucho.

Luego el león contó a su mujer, lleno de orgullo, lo que había dicho al doctor. Y ella se puso tan furiosa que casi le echó de la guarida.

—¡*Jamás* has tenido el más mínimo sentido común! —gritó—. Todos los animales, desde aquí hasta el océano Índico, hablan de ese hombre extraordinario, y

de que cura cualquier tipo de enfermedad, y de lo bueno que es. Es el único hombre del mundo que sabe hablar el lenguaje de los animales. Y ahora, ahora cuando tenemos a un hijo enfermo en casa, vas y le ofendes. ¡So estúpido! ¡Hay que ser muy estúpido para ofender jamás a un buen médico! ¡So...! —y empezó a tirarle del pelo a su marido—. ¡Vuelve inmediatamente donde está ese hombre blanco! —chilló—, y dile que lo sientes. Y llévate contigo a todos los estúpidos leones y a esos estúpidos leopardos y antílopes. Y luego haced todo lo que el doctor os diga. Y así quizá tenga la bondad de venir a ver al cachorro más tarde. Vete ahora mismo. ¡Deprisa! No mereces ser padre.

Después de esto se fue a la guarida de al lado, donde vivía otra leona que también tenía cachorros, y se lo contó todo.

Así que el jefe de los leones volvió donde estaba el doctor y le dijo:

—Pasaba casualmente por aquí y se me ocurrió hacerle una visita. ¿Ha encontrado ya quien le ayude?

—No —dijo el doctor—. No he encontrado a nadie y estoy muy preocupado.

—Es difícil encontrar servicio actualmente —dijo el león—. Según parece los animales ya no quieren trabajar. Es muy comprensible en cierto sentido... Bueno, pero como veo que está pasando un apuro, no tengo inconveniente en hacer lo que pueda por complacerle, con tal de no tener que lavar a esos bichos. Y he dicho a todos los animales cazadores que vengan a ayudar en algo. Los leopardos estarán aquí de un momento a otro... Ah, de paso le diré que tenemos un cachorro enfermo en casa. Yo, personalmente, no creo que tenga nada, pero mi mujer está muy preocupada. Si va por esa zona esta tarde, ¿le importaría echarle un vistazo?

El doctor se puso muy contento, pues todos los leones y los leopardos y los antílopes y las jirafas y las cebras, es decir, todos los animales del bosque, la montaña y las llanuras, vinieron a ayudarle en su trabajo. Eran tantos que sólo se quedó con los más inteligentes.

Y muy pronto los monos empezaron a mejorar. Al final de la semana, la gran casa llena de camas estaba medio vacía. Y al final de la segunda semana, el último mono estaba sano.

El doctor había terminado su trabajo, pero estaba tan cansado que se acostó y durmió durante tres días seguidos sin ni siquiera moverse.

CAPÍTULO 9

LA ASAMBLEA DE LOS MONOS

Chi-Chi se quedó ante la puerta del doctor para impedir que se acercase nadie hasta que se despertara, y cuando se despertó, John Dolittle dijo a los monos que había llegado el momento de volver a Puddleby.

Esto les sorprendió mucho, pues habían creído que se iba a quedar con ellos para siempre. Y esa noche todos los monos se reunieron en la selva para comentarlo.

Entonces el jefe de los chimpancés se levantó y dijo:

—¿Por qué razón se va a marchar el hombre bueno? ¿Acaso no está contento aquí con nosotros?

Pero nadie supo que contestarle.

Después se levantó el gran gorila y dijo:

—Opino que deberíamos ir todos a pedirle que se quede con nosotros. A lo mejor, si le construimos una casa nueva, y le fabricamos una cama más grande, y le prometemos que tendrá muchos monos para servirle y para hacerle la vida agradable, quizá no se marche nunca de aquí.

Luego se levantó Chi-Chi y todos los demás susurraron:

—¡Ssss! ¡Sss! ¡Mirad, es Chi-Chi, el gran viajero, quien va a hablar!

Y Chi-Chi dijo a los otros monos:

—Queridos amigos, me parece inútil pedir al doctor que se quede. Debe dinero en Puddleby y dice que no tiene más remedio que volver para pagarlo.

Y los monos le preguntaron:

—¿Qué es eso de *dinero*?

Entonces Chi-Chi les explicó que en el País de los Hombres Blancos no se podía *conseguir* nada sin dinero, no se podía *hacer* nada sin dinero, que era casi imposible *vivir* sin dinero.

Y algunos preguntaron:

—Pero ¿no se puede ni siquiera comer y beber sin pagar?

Chi-Chi movió la cabeza negativamente y les contó que, cuando estaba con el organillero, incluso a él le habían hecho pedir dinero a los niños.

Y el jefe de los chimpancés se volvió al decano de los orangutanes y dijo:

—Primo, a mí me parece que los hombres son unos seres muy extraños. ¿Quién puede querer vivir en ese país? ¡Qué mezquindad!

Entonces Chi-Chi dijo:

—Cuando íbamos a venir aquí no teníamos barco para cruzar el mar, ni dinero para comprar víveres para el viaje. Pero un hombre nos dio galletas y le dijimos que le pagaríamos cuando volviésemos. Y un marinero nos prestó un barco que se

destrozó al chocar contra unas rocas cuando llegamos a las costas de África. Y el doctor dice que tiene que volver para comprarle al marinero otro barco, porque es un hombre pobre que no tenía nada más que su embarcación.

Los monos permanecieron en silencio durante un rato, sentados, muy quietos, en el suelo meditando profundamente.

Finalmente, el gorila mayor se levantó y dijo:

—Me parece que no deberíamos dejar que este hombre bueno se marche de nuestra tierra sin hacerle un buen regalo, que pueda llevarse, en señal de agradecimiento por lo que ha hecho por nosotros.

Y un diminuto monito rojo, que estaba sentado en un árbol, gritó:

—¡Yo pienso lo mismo!

Y todos exclamaron armando un gran griterío:

—Sí, sí. ¡Vamos a hacerle el mejor regalo que un Hombre Blanco jamás haya recibido!

Entonces empezaron a preguntarse unos a otros qué sería lo mejor para regalarle. Uno dijo:

—¡Cincuenta sacos de cocos!

Otro:

—¡Cien racimos de plátanos! Así por lo menos no tendrá que comprar fruta en el país donde hay que pagar para comer.

Pero Chi-Chi les explicó que todas esas cosas pesaban demasiado para llevarlas tan lejos y que, además, se estropearían antes de haberse comido la mitad.

—Si queréis hacerle feliz, regalarle un animal —dijo—, podéis estar seguros de

que lo tratará muy bien. Regalarle algún animal raro que no haya en las Casas de fieras.

Y los monos preguntaron:

—¿Qué son Casas de fieras?

Chi-Chi les explicó que las casas de fieras eran unos sitios que había en el País de los Hombres Blancos donde se metía a los animales en jaulas para que la gente fuese a contemplarlos. Los monos se escandalizaron mucho y empezaron a decirse unos a otros:

—Esos hombres son como esos jóvenes alocados y estúpidos que se divierten tontamente. ¡Ah!, eso es una cárcel.

Luego preguntaron a Chi-Chi qué animal raro, que no hubiesen visto nunca los Hombres Blancos, podían regalarle al doctor. Y el jefe de los titís preguntó:

—¿Tienen allí iguanas?

Chi-Chi contestó:

—Sí, hay una en el Jardín Zoológico de Londres.

Otro dijo:

—¿Tienen algún okapi?

Chi-Chi respondió:

—Sí. En Bélgica, donde me llevó mi organillero hace cinco años, tenían un okapi en una gran ciudad que llaman Amberes.

Y otro preguntó:

—¿Tienen algún testadoble?

A lo que Chi-Chi respondió:

—No. Ningún Hombre Blanco ha visto jamás un testadoble. Eso será un buen regalo.

CAPÍTULO 10

EL ANIMAL MÁS RARO QUE EXISTE

Los testadobles están extinguidos actualmente. Esto quiere decir que ya no los hay. Pero hace mucho tiempo, cuando vivía el doctor Dolittle, quedaban todavía algunos en lo más profundo de las selvas de África, aunque aun entonces eran muy, muy raros. Carecían de rabo y tenían dos cabezas, una en cada extremo del cuerpo, y unos cuernos muy afilados en ambas cabezas. Eran tímidos y muy difíciles de coger. Los negros atrapan a la mayoría de los animales agazapándose detrás cuando no los ven, pero esto no podía hacerse con el testadoble porque, como tenía dos cabezas, siempre estaba de frente. Además, solamente dormía la mitad cada vez. La otra cabeza estaba siempre despierta vigilando. Ésta es la razón por la que no se les podía capturar y no los había en los jardines zoológicos. Aunque muchos de los mejores cazadores y los directores más listos de los zoos se pasaron muchos años de sus vidas buscando testadobles por la selva, en todas las épocas del año, nunca se había cazado ninguno. Incluso entonces, hace tantos años, éste era el único animal del mundo con dos cabezas.

Pues bien, los monos se lanzaron por el bosque a la caza de este animal. Y después de haber recorrido muchas millas, uno de ellos descubrió unas pisadas muy extrañas junto al borde del río que les hicieron pensar que debía de haber un testadoble cerca.

En vista de esto, siguieron un poco a lo largo de la orilla del río y encontraron un sitio donde la hierba era muy alta y espesa y supusieron que estaba allí.

Entonces se agarraron todos de las manos y formaron un corro alrededor del sitio donde la hierba era más alta. El testadoble les oyó venir y trató por todos los medios de escaparse rompiendo el cerco de los monos. Pero no lo consiguió. Al ver que no le servía de nada tratar de escapar, se sentó y esperó a ver qué querían.

Le preguntaron si estaría dispuesto a irse con el doctor Dolittle para que le exhibiese en el País de los Hombres Blancos.

Pero movió las dos cabezas negativamente con gran energía y dijo:

—¡Por supuesto que no!

Le explicaron que no le encerrarían en una casa de fieras, sino que, sencillamente, le mirarían. Le contaron también que el doctor era un hombre muy bueno, pero que no tenía dinero, y como la gente pagaría por ver un animal con dos cabezas, el doctor se haría rico y podría pagar el barco que le habían prestado para venir a África.

Sin embargo, contestó que no.

—Ya sabéis —dijo— lo tímido que soy. Detesto que me miren. —Y casi se echó a llorar.

Estuvieron tres días tratando de convencerle, y al final del tercer día dijo que se iría con ellos para ver, antes de nada, qué tipo de hombre era el doctor.

Entonces los monos volvieron con el testadoble, y cuando llegaron a la choza de paja del doctor, llamaron a la puerta.

El pato, que estaba haciendo el baúl, exclamó:

—¡Adelante!

Y Chi-Chi, sintiéndose muy orgulloso, hizo entrar al animal y se lo enseñó al doctor.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó John Dolittle mirando fijamente aquella extraña criatura.

—¡Santo Dios! —exclamó el pato—. Pero ¿con qué cabeza piensa?

—Me da la impresión de que no piensa con ninguna —dijo Yip, el perro.

—Esto es un testadoble —dijo Chi-Chi—, el animal más raro de la selva africana. ¡El único animal del mundo con dos cabezas! Lléveselo a su país y se hará rico. La gente pagará cualquier precio por verle.

—Si yo no quiero dinero —dijo el doctor.

—Pero lo necesita —añadió Dab-Dab, el pato—. ¿No se acuerda de lo que tuvimos que rebuscar en Puddleby para pagar las cuentas del carnicero? ¿Y cómo va a conseguir un barco nuevo para el marinero, si no tiene dinero para comprarlo?

—Se lo iba a hacer yo mismo —contestó el doctor.

—¡Oh, por favor, tenga sentido común! —gritó Dab-Dab—. ¿De dónde iba a sacar toda la madera y los clavos que se necesitan para hacerlo? Y, además, ¿de qué vamos a vivir? Cuando volvamos, seremos más pobres que nunca, Chi-Chi tiene toda la razón. ¡Llévese, por favor, ese bicho tan extraño!

—Bueno, quizá tengáis razón —murmuró el doctor—. La verdad es que sería una buena adquisición para mi colección de animales. Pero ¿quiere realmente... no sé cómo se llama, irse al extranjero?

—Sí, sí quiero —dijo el testadoble, que al ver la cara del médico, se dio inmediatamente cuenta de que era un hombre en quien se podía confiar.

—Usted ha sido muy bueno con todos los animales de aquí, y los monos me han dicho que yo soy el único que sirvo; pero tiene que prometerme que si no me gusta el País de los Hombres Blancos, me volverá a enviar aquí.

—Bueno, pues claro, naturalmente, naturalmente —respondió el doctor—. Perdone que le pregunte, pero usted debe estar emparentado con la familia de los ciervos, ¿no es así?

—Sí —asintió el testadoble—. Con las gacelas abisinias y con las gamuzas asiáticas por el lado de mi madre. El bisabuelo de mi padre fue el último de los unicornios.

—¡Qué interesante! —murmuró el doctor, y sacó un libro del baúl que estaba haciendo Dab-Dab, y empezó a pasar las páginas. Veamos si Buffon dice algo...

—He advertido —dijo el pato— que solamente hablas con una de las bocas. ¿Es que no puedes hablar con la otra cabeza?

—Uy, sí —dijo el testadoble—. Pero la otra boca me la reservo, generalmente, para comer. De esa forma puedo hablar mientras como sin cometer una falta de educación. Nuestra familia ha sido siempre muy bien educada.

Cuando acabaron de hacer el equipaje y todo estaba preparado para partir, los monos dieron una gran fiesta en honor del doctor, a la que acudieron todos los animales de la selva y en la que había piñas y mangos y miel y toda clase de cosas buenas para comer y beber.

Después de que todos hubieron terminado de comer y beber, el doctor se puso en pie y dijo:

—Mis queridos amigos: yo no tengo facilidad para pronunciar discursos después de un banquete, como les ocurre a los otros hombres, y acabo de comer mucha fruta y miel. Sin embargo, deseo decirles que siento mucho marcharme de vuestro bello país, pero no tengo más remedio que irme porque debo cumplir obligaciones en el País de los Hombres Blancos. Después de que me vaya, debéis recordar que no hay que dejar nunca que las moscas se posen en vuestros alimentos antes de comerlos; y no durmáis en el suelo cuando vengan las lluvias. Y..., y... espero que todos seáis siempre felices.

Cuando el doctor terminó de hablar y se sentó, todos los monos le aplaudieron durante un buen rato y se decían unos a otros:

—Que nuestra gente recuerde siempre que aquí, bajo los árboles, estuvo sentado y comió con nosotros. ¡Pues no cabe duda de que es el más Grande de todos los Hombres!

Y el gran gorila, que en sus peludos brazos tenía la fuerza de siete caballos, empujó una gran roca hasta la cabecera de la mesa, justo al lado del doctor, y dijo:

—Esta piedra marcará el lugar para siempre.

Y actualmente, en nuestros días, esa piedra está todavía allí en el corazón de la selva. Y las monas, cuando pasan por el bosque con sus hijos, la siguen señalando desde las ramas y susurran:

—¡Sss! Es ahí, mirad, donde el Buen Hombre Blanco se sentó y comió con nosotros el Año de la Gran Enfermedad.

Cuando terminó la fiesta, el doctor y sus animales emprendieron la marcha para volver a la costa. Y todos los monos le acompañaron, llevándole el equipaje, hasta la frontera de su país, para despedirse de él.

CAPÍTULO 11

EL PRÍNCIPE NEGRO

Se detuvieron al borde del río y se dijeron adiós. Pero la despedida fue larga, porque todos aquellos miles de monos querían estrecharle la mano al doctor.

Después, cuando el doctor y sus animales iban caminando solos, Polynesia dijo:

—Tenemos que pisar sin hacer ruido y hablar bajito, pues estamos cruzando el país de los Yoliyinki. Si el rey nos oyese, enviaría a los soldados a detenernos. Estoy segura de que está todavía muy enfadado por la faena que le hice. Lo que quisiera saber es dónde vamos a conseguir otro barco para volver a casa... Pero, bueno, a lo mejor encontramos por la costa alguno que no le haga falta a nadie. No hay que empezar a preocuparse antes de tiempo.

Un día, cuando estaban atravesando una parte muy tupida del bosque, Chi-Chi se adelantó para buscar cocos. Y mientras estaba ausente, el doctor y los demás animales, que no conocían bien las sendas de la selva, se perdieron en la espesura. Y dieron vueltas y más vueltas sin poder encontrar el camino de la costa.

Al no verles por ninguna parte, Chi-Chi se acongojó muchísimo. Trepó a las ramas más elevadas de los árboles más altos para tratar de localizar la chistera del doctor; hizo señas con los brazos y gritó; llamó a cada animal por su nombre, pero en vano. Parecían haber desaparecido.

Y, en efecto, estaban del todo perdidos. Se habían apartado mucho del camino, y la selva estaba tan poblada de arbustos, enredaderas y matas que apenas podían moverse y el doctor tenía que sacar la navaja y abrirse camino cortando plantas. Unas veces tropezaban e iban a caer en lugares encharcados; otras se quedaban enganchados en las tupidas plantas enredaderas; otras se arañaban con las espinas y, en dos ocasiones, estuvieron a punto de perder el maletín de las medicinas en la maleza. Las penalidades se les hacían interminables y no encontraban ningún sendero.

Finalmente, después de andar totalmente a ciegas, durante muchos días, con la ropa hecha jirones y la cara cubierta de barro, entraron, por error, en la parte de atrás del jardín del rey, donde fueron apresados por sus hombres.

Sin embargo, Polynesia subió volando a lo alto de un árbol del jardín, sin que nadie lo viera, y se escondió. El doctor y los demás fueron conducidos ante el rey.

—¡Ja, ja! —exclamó el rey—. ¡Así que os han vuelto a pescar! Esta vez no os escaparéis. Llevadlos otra vez a la cárcel y poned dobles cerraduras en la puerta. ¡Este hombre fregará el suelo de mi cocina durante el resto de su vida!

Así, condujeron al doctor y a sus animales otra vez a la cárcel, donde les encerraron. Y al doctor le informaron que por la mañana empezaría a fregar el suelo de la cocina.

Todos se sentían muy desgraciados.

—Esto es un gran contratiempo —dijo el doctor—, pues, realmente, no tengo más remedio que volver a Puddleby. Ese pobre marinero va a creer que le he robado el barco si no vuelvo pronto... ¿Estarán muy apretadas esas bisagras?

Pero la puerta era muy fuerte y estaba muy bien cerrada con llave. No parecía haber posibilidad de escapar. Entonces Gub-Gub se puso a llorar otra vez.

Durante todo ese tiempo, Polynesia siguió encaramado en el árbol del jardín del palacio. No decía nada y guiñaba los ojos, lo cual era siempre señal, en el caso de Polynesia, de que algo pasaba. Quedarse callado guiñando los ojos quería decir que alguien se había metido en un lío y que estaba pensando como arreglar las cosas. Todo el que fastidiaba a Polynesia, o a alguno de sus amigos, casi siempre acababa después arrepintiéndose de ello.

Al cabo de un rato vio a Chi-Chi balanceándose de árbol en árbol buscando al doctor. Cuando Chi-Chi le vio, subió a su árbol y le preguntó qué había sido de él.

—Al doctor y a todos los animales les han apresado los hombres del rey y los han vuelto a encerrar —susurró Polynesia—. Nos perdimos en la selva y entramos por error en el jardín del palacio.

—Pero ¿no pudiste guiarlos? —preguntó.

Chi-Chi, que se puso a regañar al loro por dejar que se perdiesen mientras él se había ido a buscar cocos.

—Tuvo toda la culpa ese estúpido cerdo —dijo Polynesia—. Se apartaba continuamente del sendero para sacar raíces de jengibre, y como yo tenía que ocuparme de cogerle y traerle, una de las veces, cuando llegamos al pantano, torcí hacia la izquierda en vez de a la derecha. ¡Ssss! ¡Mira! El príncipe Bumpo está entrando en el jardín. Hay que evitar que nos vea. ¡No te muevas, por lo que más quieras!

Y, efectivamente, allí estaba el príncipe Bumpo, el hijo del rey, abriendo la cancela. Llevaba un libro de cuentos de hadas debajo del brazo y avanzaba lentamente por el camino de grava, tarareando una triste canción, hasta que llegó a un banco de piedra que había justo debajo del árbol donde estaban escondidos el loro y el mono. Entonces se tumbó en el banco y se puso a leer los cuentos de hadas.

Chi-Chi y Polynesia le observaban manteniéndose en silencio y muy quietecitos. Al cabo de un rato el hijo del rey dejó el libro y suspiró con cansancio.

—¡Si yo fuese un príncipe *blanco*! —dijo con una mirada lejana y soñadora en los ojos.

Entonces el loro dijo alto, con una vocecita aguda y suave como si fuese una niña pequeña:

—Bumpo, por ventura hay alguien que podría convertiros en un príncipe blanco.

El hijo del rey se levantó del banco de un salto y empezó a mirar en torno suyo.

—¿Qué es lo que oigo? —exclamó—. ¡Me ha parecido la dulce y musical voz de un hada allende el follaje! ¡Qué raro!

—Respetable príncipe —dijo Polynesia manteniéndose muy quieto para que Bumpo no pudiese verle—, habéis pronunciado unas palabras cargadas de verdad. Pues soy yo Tripsitínca, la reina de las hadas, quien os ha hablado. Estoy oculta en el capullo de una rosa.

—¡Oh! Dime, reina de las hadas —exclamó Bumpo juntando las manos de alegría—, ¿quién tiene el don de poderme convertir en un hombre blanco?

—En la cárcel de vuestro padre está recluido un famoso hechicero —dijo el loro—. Responde al nombre de John Dolittle. Mucho es lo que sabe de medicina y de magia y ha realizado grandes portentos. Sin embargo, vuestro real padre le deja languidecer durante muchas horas interminables y eternas. Acudid a él en secreto, valiente Bumpo, cuando el sol se haya puesto y, fijaos bien, os aseguro que os

convertiréis en el príncipe más blanco que jamás haya conquistado a una hermosa dama. Ya he hablado bastante. Tengo que retornar al País de las Hadas. ¡Adiós, adiós!

—¡Adiós! —exclamó el príncipe—. ¡Mi eterno agradecimiento para ti, mi buena Tripsitínca!

Y volvió a sentarse en el banco con una sonrisa en los labios esperando que el sol se pusiese.

CAPÍTULO 12

MAGIA Y MEDICINA

Muy, muy sigilosamente, asegurándose de que nadie le veía, Polynesia bajó del árbol y se fue volando a la cárcel.

Allí encontró a Gub-Gub sacando la nariz por la reja de la ventana para captar el olor a comida que llegaba de la cocina del palacio, y le dijo que llevase al doctor a la ventana porque quería hablar con él. Gub-Gub despertó al doctor, que estaba echando una siesta.

—Escuche —dijo el loro, al aparecer la cara de John Dolittle—, el príncipe Bumpo va a venir aquí esta noche para verle, y tiene que encontrar la manera de volverle blanco. Pero primero debe conseguir que le prometa que abrirá la puerta de la cárcel y le buscará un barco para hacer la travesía.

—Todo eso está muy bien —dijo el doctor—. Pero no es nada fácil convertir, a un hombre negro en un hombre blanco. Hablas como si se tratase de teñir un vestido. Y no es tan sencillo. Claro que... «Si el etíope puede cambiar su piel o el leopardo sus manchas...»^[2]. ¿No sabes eso?

—Yo no entiendo de esas cosas —dijo Polynesia con impaciencia—. Pero no *tiene más remedio* que conseguir que el príncipe se vuelva blanco. Piense en algún medio para ello, piénselo bien. Le quedan muchas medicinas en el maletín. Hará lo que sea por usted si le vuelve blanco. Es la única oportunidad que tiene de salir de la cárcel.

—Bueno, *a lo mejor es posible* —respondió el doctor—. Vamos a ver... —y se dirigió hacia su maletín murmurando algo así como «cloro desprendido sobre el pigmento, o quizá sería mejor una pomada de cinc, como remedio temporal, esparciendo una capa más gruesa...».

En efecto, esa noche el príncipe Bumpo fue secretamente a la cárcel a ver al doctor y le dijo:

—Hombre Blanco, soy un príncipe desgraciado. Hace años fui en busca de la Bella Durmiente, de cuya existencia me había enterado por un libro. Y después de viajar por el mundo durante muchos días, al fin la encontré y la besé con mucha dulzura para despertarla, como indicaba el libro. Y lo cierto es que se despertó, pero al verme gritó: «¡Oh! Pero ¡si es negro!» y salió corriendo, y no sólo no se quiso casar conmigo, sino que, por el contrario, volvió a dormirse en otro lugar. Así que regresé, lleno de tristeza, al reino de mi padre. Ahora me han dicho que sois un mago maravilloso y que tenéis muchas pócimas poderosas. Así que he venido para pedir os ayuda. Si me volvéis blanco, de manera que pueda presentarme ante la Bella Durmiente, os daré la mitad de mi reino y todo lo que me pidáis.

—Príncipe Bumpo —dijo el doctor mirando con recelo los frascos de su maletín —, si os pusiese el pelo de un bonito color rubio, ¿no bastaría eso para haceros feliz?

—No —contestó Bumpo—. No hay ninguna otra cosa que pueda satisfacerme. Tengo que convertirme en un príncipe blanco.

—Ya sabéis que es muy difícil cambiar el color de un príncipe —dijo el doctor—, una de las cosas más difíciles para un mago. ¿A vos os basta con que esté blanca la cara, verdad?

—Sí, eso me bastaría —contestó Bumpo—, porque llevaré una armadura brillante y guanteletes de acero, como los príncipes blancos, e iré a caballo.

—¿Es necesario que toda la cara esté blanca? —preguntó el doctor.

—Sí, por todas partes —contestó Bumpo—, y me gustaría también tener los ojos azules, pero supongo que eso sería muy difícil de conseguir.

—Sí que lo sería —dijo el doctor rápidamente—. Pero voy a hacer todo lo que pueda por vos. Sin embargo, tendréis que tener mucha paciencia. Ya sabéis que hay muchas medicinas de las que no se puede estar muy seguro. Quizá tenga que hacer dos o tres intentonas. Tenéis la piel fuerte ¿verdad? Bueno, está bien. Ahora acercaos aquí a la luz. Ah, pero antes de hacer nada tenéis que bajar a la playa y preparar un barco con víveres para que pueda atravesar el mar. Mas no digáis una palabra de esto a nadie. Y cuando haya hecho lo que me pedís, tenéis que sacarme a mí y a todos mis animales de la cárcel. ¡Prometedlo por la corona de Yoliyinki!

El príncipe lo prometió y se marchó para preparar un barco en la costa.

Cuando volvió y dijo que ya estaba preparado, el doctor pidió a Dab-Dab que trajese una palangana. Entonces mezcló en ella muchas medicinas y le dijo a Bumpo que metiese la cara.

El príncipe se inclinó hacia adelante y sumergió la cara hasta las mismas orejas. Así la mantuvo durante mucho tiempo: tanto tiempo, que el doctor empezó a ponerse terriblemente preocupado y nervioso, y no podía estarse quieto. Primero se apoyaba en una pierna, luego en la otra, mientras miraba todos los frascos que había utilizado en la mezcla y leía sus etiquetas una y otra vez. Entre tanto, un fuerte olor había invadido toda la cárcel: olía como a papel de embalar quemado.

Al fin, el príncipe levantó la cara de la palangana respirando profundamente. Todos los animales gritaron sorprendidos.

Cuando John Dolittle le dejó un espejito para que se viera, se puso a cantar y a bailar de alegría por la cárcel. Pero el doctor le dijo que no armase tanto jaleo y, después de cerrar el maletín de las medicinas a toda prisa, le pidió que abriese la puerta.

Bumpo le rogó que le dejase el espejo, pues era el único que había en el reino de Yoliyinki y quería pasar el día mirándose. Pero el doctor le dijo que lo necesitaba para afeitarse.

Entonces el príncipe sacó del bolsillo un manojito de llaves y abrió las grandes cerraduras dobles. Y el doctor y todos sus animales salieron corriendo lo más deprisa

posible hacia el mar, mientras Bumpo, apoyado en el muro del calabozo vacío, les sonreía feliz. A la luz de la luna su gran cara brillaba como si fuese de marfil bruñado.

Cuando llegaron a la playa, vieron a Polynesia y a Chi-Chi que les estaban esperando en unas rocas, cerca del barco.

—Me da pena de Bumpo —dijo el doctor—. Me temo que esa pomada que he utilizado no le va a durar. Lo más probable es que cuando se despierte por la mañana esté tan negro como siempre. Por eso no quise darle el espejo. Claro que también es posible que continúe blanco, pues hasta ahora, nunca había utilizado esa mezcla. La verdad es que yo mismo me quedé sorprendido de que resultase tan bien. Pero no tenía más remedio que hacer algo. No podía estar fregando la cocina del rey el resto de mi vida. ¡Estaba tan sucia! La veía desde la ventana de la cárcel. Bueno, pobre Bumpo.

—Claro, se dará cuenta de que le hemos tomado el pelo —dijo el loro.

—No tenían por qué encarcelarnos —dijo Dab-Dab moviendo la cola airadamente—. No les hemos hecho nada malo.

—Pero él no tuvo nada que ver con eso —dijo el doctor—. Fue el rey, su padre, el que nos hizo encerrar. No fue culpa de Bumpo... No sé si volver y disculparme. Bueno..., lo que haré será enviarle unos caramelos cuando llegue a Puddleby. ¿Y quién sabe?, a lo mejor, después de todo, se queda blanco.

—La Bella Durmiente no le aceptaría por esposo aunque fuese blanco —dijo Dab-Dab—. A mí me gustaba más como era antes. No es por el color, es que es muy feo.

—Sin embargo, tenía buen corazón —dijo el doctor—. Era romántico, por supuesto, pero tenía buen corazón. Al fin y al cabo la bondad del corazón vale más que la belleza del cuerpo.

—Yo no me creo que encontrase a la Bella Durmiente —dijo Yip, el perro—. Seguro que le daría un beso a alguna campesina gorda que estaba durmiendo la siesta bajo un manzano. Me gustaría saber a quién irá a besar esta vez. ¡Qué historia tan tonta!

Entonces el testadoble, el ratoncito blanco, Gub-Gub, Dab-Dab, Yip y la lechuza, Tu-Tu, subieron al barco con el doctor. Sin embargo, Chi-Chi, Polynesia y el cocodrilo se quedaron en tierra porque África era su país, el país donde habían nacido.

Una vez en el barco, el doctor se asomó por la borda para ver el mar, y entonces se acordó de que no iba nadie con ellos para indicarles el camino de vuelta a Puddleby.

El inmenso, inmenso mar, le pareció terriblemente grande y solitario a la luz de la luna, y empezó a preguntarse si no se perderían en cuanto dejasen de ver tierra.

Pero cuando estaba pensando en ello, oyeron como un extraño susurro que venía de lo alto del cielo a través de la oscuridad de la noche. Y todos los animales dejaron de despedirse y se pusieron a escuchar.

El ruido fue en aumento. Parecía que se les iba acercando: era un sonido como el del viento de otoño cuando mueve las hojas de los chopos, o como el que produce la lluvia al caer con mucha intensidad sobre un tejado.

Yip, con el hocico hacia arriba y el rabo tieso, dijo:

—¡Son pájaros! ¡Miles de pájaros volando a gran velocidad!

Todos miraron hacia arriba y vieron miles y miles de pajarillos que, como una enorme multitud de diminutas hormigas, pasaban volando ante la cara de la luna. Muy pronto el cielo pareció llenarse de ellos, pero seguían llegando más y más. Eran tantos que, durante un rato, taparon completamente la luna, con lo que dejó de brillar y el mar se volvió oscuro y negro, como cuando una nube tormentosa pasa por delante del sol.

Al poco rato, todos los pájaros bajaron hasta muy cerca y, al pasar, rozaban el agua y la superficie de la tierra. El cielo de la noche volvió a quedarse despejado y la luna tornó a brillar como antes. Sin embargo, los pájaros ni llamaban, ni gritaban, ni cantaban; no emitían más sonido que el del frufrú de las plumas, que era cada vez más fuerte. Cuando empezaron a posarse en la arena, en las cuerdas del barco —en cualquier sitio y por todas partes, excepto en los árboles—, el doctor observó que tenían las alas azules y las pechugas blancas, y unas patas muy cortas cubiertas de plumas. Tan pronto como todos encontraron donde posarse, repentinamente, no se volvió a oír nada: todo quedó en un absoluto silencio; la tranquilidad era total.

En el silencio del claro de luna se oyó a John Dolittle decir:

—No tenía ni la menor idea de que hubiésemos estado en África tanto tiempo. Será casi verano cuando llegemos a casa, pues estas aves son las golondrinas que vuelven. Golondrinas, os doy las gracias por habernos esperado. Es muy amable por vuestra parte. Ahora ya no hay miedo de que nos perdamos en el mar... ¡Levad el ancla y desplegad las velas!

Al zarpar el barco y empezar a avanzar sobre las aguas, los que se quedaban en tierra, Chi-Chi, Polynesia y el cocodrilo, se pusieron muy tristes, pues nunca habían conocido a nadie a quien hubiesen llegado a querer tanto como al doctor John Dolittle de Puddleby.

Y después de haberle dicho adiós una y otra vez, se quedaron sobre las rocas llorando amargamente y saludándole hasta que el barco se perdió de vista.

CAPÍTULO 13

VELAS ROJAS Y ALAS AZULES

En la travesía de vuelta, el barco del doctor tenía que pasar necesariamente frente a la costa de Berbería. Esta costa es el límite del Gran Desierto y un lugar solitario y salvaje, todo de piedras y arena, donde vivían los piratas de Berbería.

Los piratas, que eran unos malvados, tenían por costumbre esperar a los marineros que naufragaban en sus costas. Con frecuencia, si veían pasar una nave, salían en sus rápidos barcos de vela y la seguían. Cuando atrapaban de esta forma alguna embarcación en el mar, robaban todo lo que había en ella y, después de obligar a bajar a los pasajeros, hundían el barco y volvían a Berbería cantando, satisfechos de la fechoría que habían cometido. Luego amenazaban a las personas que habían capturado para que escribiesen a sus casas pidiendo dinero. Y si los parientes o los amigos no enviaban dinero, muchas veces los piratas tiraban a los prisioneros al mar.

Una mañana de sol se paseaban el doctor y Dab-Dab por la cubierta del barco, para hacer un poco de ejercicio. Un viento suave y fresco impulsaba al barco y todos estaban muy contentos. Al cabo de un rato, Dab-Dab vio la vela de otro barco que venía detrás, a bastante distancia, en la línea en que el mar y el cielo se juntan. Era una vela roja.

—No me gusta el aspecto de esa vela —dijo Dab-Dab—. Tengo la sensación de que no es un barco amigo. Me parece que nos acechan nuevas dificultades.

Yip, que estaba tumbado allí cerca durmiendo la siesta al sol, empezó a gruñir y a hablar en sueños.

—Me huele a carne asada —refunfuñó—, carne asada, poco hecha, en su jugo.

—¡Dios mío! —exclamó el doctor—. ¿Qué le pasa a este perro? ¿Acaso huele en sueños, además de hablar?

—Supongo que sí —dijo Dab-Dab—. Todos los perros huelen dormidos.

—Pero ¿qué es lo que huele? —preguntó el doctor—. Aquí en el barco no se está asando carne.

—No —replicó Dab-Dab—. Debe de ser en ese otro barco, allá lejos, donde tienen carne asada.

—Pero está a quince kilómetros de distancia —dijo el doctor—. ¡No podría oler nada a esa distancia!

—Huy, sí, ya lo creo —dijo Dab-Dab—. Pregúntele.

Entonces Yip, que seguía profundamente dormido, empezó a gruñir de nuevo y arqueó el labio airadamente dejando al descubierto sus limpios dientes blancos.

—Me huele a hombres malos —refunfuñó—. Los peores hombres que he oído jamás. Me huele a que va a haber jaleo. Me huele a lucha: la lucha de seis canallas

peligrosos contra un solo hombre valiente. Quiero ayudarlo. Se puso entonces a ladrar, muy alto, y se despertó con cara de sorpresa.

—¡Mirad! —gritó Dab-Dab—. Ese barco está ahora más cerca. Se ven claramente tres grandes velas, todas de color rojo. Quienquiera que sea, vienen por nosotros... ¿Quién puede ser?

—Son malos navegantes —dijo Yip— pero su barco es muy rápido. Son seguramente los piratas de Berbería.

—Bueno, pues tenemos que izar más velas en nuestro barco —dijo el doctor—, así podremos ir más deprisa y alejarnos de ellos. Baja corriendo, Yip, y tráeme todas las velas que encuentres.

El perro bajó corriendo y subió todas las velas que encontró.

Pero, aunque las desplegaron todas en los mástiles para aprovechar el viento, el barco no avanzaba tan rápidamente como el de los piratas, que cada vez se les acercaba más por detrás.

—Es muy malo este barco que nos dio el príncipe —dijo Gub-Gub, el cerdo—. Me parece que es el más lento que encontré. Creer que vamos a poder escapar en esta vieja barcaza, es como tratar de ganar una regata en una sopera. ¡Mirad lo cerca que están! Se distinguen ya los bigotes de las caras de seis hombres. ¿Qué vamos a hacer?

El doctor le dijo a Dab-Dab que subiese volando y dijese a las golondrinas que les seguían unos piratas en un barco muy rápido.

Cuando las golondrinas oyeron esto, bajaron todas al barco del doctor y le dijeron que desenrollara, lo más deprisa posible, unos cuantos pedazos de cuerda bien largos y que los deshilara para obtener muchos trozos de cuerda fina. Las puntas de estas cuerdas las ataron a la parte delantera del barco y las golondrinas las agarraron con las patas y echaron a volar tirando así del barco mientras volaban.

A pesar de que las golondrinas no son muy fuertes cuando sólo son una o dos, cuando se juntan muchas es diferente. Y allí, atadas al barco del doctor, había mil cuerdas, de cada una de las cuales tiraban dos mil golondrinas, todas ellas muy rápidas volando.

De esta forma, en un momento, el doctor se encontró con que iban tan deprisa que tuvo que sujetarse el sombrero con las dos manos; tenía verdaderamente la impresión de que el barco volaba cortando las olas que, con la velocidad, echaban mucha espuma, como si estuviesen hirviendo.

Y todos los animales del barco empezaron a reír y a bailar en medio del torbellino de aire, pues cuando miraban hacia el barco de los piratas, veían que se hacía cada vez más pequeño, en vez de más grande, y las velas rojas iban quedando lejos, muy lejos.

CAPÍTULO 14

EL AVISO DE LAS RATAS

Arrastrar un barco por el mar es un trabajo muy duro. Y al cabo de dos o tres horas, las golondrinas empezaron a sentir que se les cansaban las alas y les faltaba el aliento. Así que enviaron un mensaje al doctor diciéndole que, muy pronto, tendrían que descansar y que arrastrarían el barco hasta una isla que no estaba muy lejos y lo esconderían en una profunda bahía hasta que hubiesen recobrado fuerzas para continuar.

Al poco rato, el doctor divisó la isla. Tenía en el centro una bella montaña verde muy alta.

Cuando el barco hubo entrado sin novedad en la bahía, donde no podía ser visto desde el mar, el doctor dijo que iba a desembarcar en la isla para buscar agua, pues se les había terminado la que llevaban en el barco para beber. A los animales les dijo que saliesen también y que retozasen en la hierba para estirar las piernas.

Ahora bien, mientras bajaban, el doctor observó que, de la parte de abajo, salían numerosas ratas que abandonaban el barco también. Yip empezó a correr detrás de ellas, pues perseguir ratas había sido siempre uno de sus juegos favoritos. Sin embargo, el doctor le mandó estarse quieto.

Y en ese momento, una gran rata negra, que parecía querer decir algo al doctor, se deslizó indecisa por la barandilla, vigilando al perro con el rabillo del ojo, y después de haber tosido tímidamente tres o cuatro veces y de haberse limpiado las patillas y la boca, dijo:

—O...oiga, doctor, supongo que sabe que en todos los barcos hay ratas.

El doctor dijo que sí.

—¿No ha oído usted decir que las ratas son las primeras en abandonar un barco cuando naufraga?

—Sí, lo he oído decir —contestó el doctor.

—La gente lo comenta despreciativamente —dijo la rata—, como si fuese algo deshonoroso. Pero no se nos puede criticar por eso. Después de todo, ¿quién se quedaría en un barco que se está hundiendo, si pudiese escapar?

—Es muy natural —dijo el doctor—, muy natural. Lo comprendo muy bien. ¿Quieres decirme algo más?

—Sí —dijo la rata—. He venido a decirle que abandonamos éste. Pero queríamos avisárselo antes de irnos. Este barco está en muy mal estado. No es seguro. Los costados no son lo suficientemente fuertes. La madera está podrida. Mañana, antes de que caiga la noche, se hundirá hasta el fondo del mar.

—Pero ¿cómo lo sabes? —preguntó el doctor.

—Nosotras siempre lo sabemos porque en la punta del rabo sentimos una especie de hormigueo, como cuando se duerme un pie. Esta mañana, a las seis, cuando me estaba preparando el desayuno, noté ese hormigueo en la cola. Al principio pensé que volvía a tener reuma. Entonces fui a preguntar a mi tía cómo se sentía, ¿se acuerda usted de ella?, ¿de la rata larga, de varios colores, bastante delgada, que fue a verle en Puddleby la primavera pasada porque tenía ictericia? Bueno, pues me dijo que a ella le cosquilleaba mucho el rabo. Entonces no nos quedó lugar a dudas de que este barco se iba a hundir en un par de días, y todas decidimos abandonarlo tan pronto como estuviésemos lo suficientemente cerca de tierra. Es un mal barco, doctor. No sigan navegando en él o se ahogarán con toda seguridad... Adiós, ahora vamos a buscar un buen sitio donde vivir en esta isla.

—Adiós —dijo el doctor—. Y muchas gracias por avisarme. Es muy amable de tu parte. Recuerdos a tu tía. Me acuerdo de ella perfectamente... ¡Yip, deja tranquila a esa rata! ¡Ven aquí! ¡Túmbate!

Entonces el doctor y todos sus animales desembarcaron, cargados con cubos y cacerolas para buscar agua en la isla, mientras descansaban las golondrinas.

—¿Cómo se llamará esta isla? —dijo el doctor mientras subía por la ladera de la montaña—. Parece un sitio agradable. ¡Cuántos pájaros hay!

—¡Sí, éstas son las Islas Canarias! —dijo Dab-Dab—. ¿No oye cantar a los canarios?

El doctor se paró y escuchó.

—¡Vaya, pues, claro! —dijo—. ¡Qué tonto soy! A ver si nos dicen dónde podemos encontrar agua.

Entonces los canarios, que habían oído hablar del doctor Dolittle a las aves de paso, vinieron y le condujeron a un bello manantial de agua fresca y clara donde los canarios se bañaban. Y le enseñaron también unas praderas preciosas donde crecía alpiste, y todo lo que había que ver en la isla.

Y el testadoble estaba muy contento de haber venido, porque le gustaba mucho más la hierba verde que las manzanas secas que había comido en el barco. Y Gub-

Gub empezó a gritar de alegría cuando encontró todo un valle lleno de caña de azúcar silvestre.

Poco después, cuando todos habían comido y bebido en abundancia y estaban tumbados mientras los canarios cantaban, dos de las golondrinas se acercaron muy preocupadas.

—¡Doctor! —exclamaron— los piratas han entrado en la bahía y todos se han subido a su barco. Están, en la parte de abajo viendo qué hay para robar. Han dejado su propio barco sin nadie a bordo. Si se da prisa puede embarcar en él, es un barco muy rápido, y huir. Pero tendrá que darse mucha prisa.

—¡Es una buena idea! —dijo el doctor—. ¡Estupendo!

Y llamó a sus animales y salieron corriendo hacia la playa.

Cuando llegaron a la orilla, vieron en medio del agua al barco pirata con las tres velas roja, y como habían dicho las golondrinas, no había nadie en él; todos los piratas estaban en el barco del doctor viendo cosas para robar.

Así que el doctor dijo a sus animales que no hiciesen ruido al andar, y todos se embarcaron con mucho sigilo en el barco pirata.

CAPÍTULO 15

EL DRAGÓN DE BERBERÍA

Todo habría ido bien si el cerdo no hubiese cogido un catarro de cabeza mientras comía caña de azúcar húmeda en la isla. Y esto es lo que sucedió.

Después de haber levado el ancla sin hacer ningún ruido, y cuando el barco empezaba a navegar con mucho, mucho cuidado para salir de la bahía, Gub-Gub estornudó de repente tan estrepitosamente que los piratas, que estaban en la bodega del otro barco, subieron a toda prisa para ver qué era aquel ruido.

Tan pronto como vieron que el doctor trataba de escapar, pusieron el barco atravesado en la entrada de la bahía, de manera que el médico no pudiese salir a mar abierto.

Entonces el jefe de estos bandidos (que se llamaba Ben Alí, *el Dragón*) amenazó con el puño al doctor y le gritó:

—¡Ja, ja! Te hemos atrapado, querido amigo. Pensabas escaparte en mi barco, ¿verdad? Pero no eres tan buen marinero como para batir a Ben Alí, *el Dragón de Berbería*. Quiero ese pato que tienes, y el cerdo también. Esta noche cenaremos chuletas de cerdo y pato asado. Y antes de que te deje volver a tu tierra, tendrás que conseguir de tus amigos que me envíen un baúl lleno de oro.

El pobre Gub-Gub empezó a llorar y Dab-Dab se dispuso a salir volando para salvar la vida. Pero la lechuza, Tu-Tu, susurró al doctor:

Haga que siga hablando, doctor. Sea simpático con él. Nuestro viejo barco acabará hundiéndose. Las ratas dijeron que estaría en el fondo del mar mañana, antes de que llegue la noche, y las ratas no se equivocan nunca. Esté amable hasta que se le hunda el barco. Siga hablando.

—¿Cómo, hasta mañana por la noche? —dijo el doctor—. Bueno, haré todo lo posible...; vamos a ver, ¿de qué le hablo?

—¡Oh! Déjelos que vengan —dijo Yip—. Podemos con esos pillos asquerosos. No son más que seis. Cuando lleguemos a casa me encantaría contarle al perro pastor que vive al lado cómo le he pegado un mordisco a un pirata de verdad. Podemos con ellos.

—Tienen espadas y pistolas —dijo el doctor—. No, eso no sería posible. Tengo que seguir hablando con él... Oiga, Ben Alí...

Sin embargo, antes de que el doctor pudiese hablar de nuevo, los piratas empezaron a acercar el barco, riéndose y diciéndose unos a otros:

—¿Quién será el primero en cazar al cerdo?

El pobre Gub-Gub estaba terriblemente asustado, y el testadoble empezó a afilar los cuernos para la lucha frotándolos en el mástil del barco, mientras Yip no dejaba de dar saltos en el aire, de ladrar y de insultar a Ben Alí en el lenguaje de los perros.

Pero al poco rato algo empezó a irles mal a los piratas; dejaron de reírse y de hacer chistes; parecían desconcertados; algo les preocupaba.

Entonces Ben Alí, mirándose los pies, rugió repentinamente:

—¡Truenos y centellas! ¡Muchachos, el barco hace agua!

Los otros piratas se asomaron por la borda y vieron que el barco se iba hundiendo poco a poco en el mar. Y uno de ellos dijo a Ben Alí:

—Si este viejo barco se estuviese hundiendo veríamos salir a las ratas.

Y Yip les gritó desde el otro lado:

—So zoquetes, ahí no hay ratas. ¡Se marcharon hace dos horas! ¡«Ja, ja», para vosotros «queridos amigos»!

Como es lógico, los hombres no comprendieron lo que quería decir.

Muy pronto la parte delantera del barco empezó a hundirse rápidamente hasta que el barco se quedó de cabeza, y los piratas se vieron obligados a agarrarse a las barandillas, a los mástiles, a las cuerdas y a todo lo que encontraban para no salir despedidos. Entonces el agua irrumpió ruidosamente por todas las ventanas y puertas y, por fin, la nave se hundió en el mar con un gran estrépito. Los seis hombres quedaron a la deriva, zarandeados de un lado para otro, en las profundas aguas de la bahía.

Algunos empezaron a nadar hacia las orillas de la isla, mientras que otros trataban de subirse al barco en que estaba el doctor. Pero Yip les mordisqueaba las narices, de manera que tenían miedo de trepar a él.

De repente, todos gritaron con verdadero pavor:

—¡Los tiburones! ¡Que vienen los tiburones! ¡Dejadnos subir al barco antes de que nos coman! ¡Socorro, socorro! ¡Los tiburones! ¡Los tiburones!

En aquel momento, el doctor vio por toda la bahía los lomos de unos peces muy grandes que atravesaban las aguas nadando a gran velocidad.

Un gran tiburón se acercó al barco y, sacando la nariz del agua, le dijo al doctor:

—¿Es usted John Dolittle, el famoso médico de animales?

—Sí —contestó el doctor—. Yo soy.

—Bueno —dijo el tiburón—, sabemos que estos piratas son mala gente, especialmente Ben Alí. Si le están molestando, nos los comeremos de su parte con mucho gusto y así no volverán a fastidiarles.

—Gracias —dijo el doctor—. Esto es realmente una atención por tu parte. Pero no creo que sea necesario tanto. Será suficiente con que ninguno llegue a la orilla hasta que yo avise, mantenlos nadando, por favor. Y ten la amabilidad de hacer que Ben Alí venga nadando hasta aquí para que pueda hablar con él.

Así que el tiburón se fue tras de Ben Alí y le hizo presentarse al doctor.

—Escuche, Ben Alí —dijo John Dolittle asomándose por la borda—. Usted es un hombre malo y, según me han dicho, ha matado a mucha gente. Estos buenos tiburones se han ofrecido a comerles de mi parte, y sería ciertamente una buena cosa que los mares se viesan libres de ustedes. Pero si me prometen hacer lo que yo les diga, les dejaré marcharse sanos y salvos.

—¿Qué debo hacer? —preguntó el pirata mirando de reojo al gran tiburón que le estaba oliendo la pierna debajo del agua.

—No volverán ustedes a matar a nadie —dijo el doctor—. Dejarán de robar; no hundirán ningún barco más; tendrán que dejar de ser piratas del todo.

—Pero ¿qué voy a hacer entonces? —preguntó Ben Alí—. ¿De qué voy a vivir?

—Usted y todos sus hombres tendrán que quedarse en esta isla y dedicarse a cultivar alpiste.

El Dragón de Berbería se puso pálido de ira.

—¿Cultivar alpiste? —gruñó con cara de asco—. ¿Es que no voy a poder navegar?

—No, no podrá —dijo el doctor—. Ya ha navegado bastante y ha enviado a muchos barcos grandes y a demasiados hombres buenos al fondo del mar. Durante el resto de su vida tendrá que ser un agricultor pacífico. El tiburón está esperando. No le haga perder más tiempo. Decídase.

—¡Truenos y centellas! —refunfuñó Ben Alí—. ¡Alpiste! Y miraba de nuevo hacia el agua y veía al gran pez oliendo su otra pierna.

—Muy bien —dijo tristemente—. ¡Seremos agricultores!

—Y recuerde —añadió el doctor— que si no cumple su promesa y vuelven a matar y a robar me enteraré de ello porque los canarios vendrán a decírmelo. Y tenga la seguridad de que encontraré la manera de castigarles. Pues aunque yo no sea tan buen marinero como usted, mientras las aves, los peces y todos los animales sean

amigos míos, no tengo por qué temerle a un jefe pirata aún cuando se llame *el Dragón de Berbería*. Ahora váyase, sea un buen agricultor y viva en paz.

El doctor se volvió al gran tiburón y con un gesto de la mano le dijo:

—Muy bien. Déjalos que vayan nadando a tierra.

CAPÍTULO 16

TU-TU LA DEL BUEN OÍDO

Después de dar de nuevo las gracias a los tiburones por su amabilidad, el doctor y sus animales zarparon una vez más camino de casa en el rápido barco de las tres velas rojas.

Al emprender la travesía hacia alta mar, los animales bajaron a la parte inferior para ver cómo era su nuevo barco, mientras el doctor, apoyado en la barandilla, con la pipa en la boca, contemplaba como se iban desvaneciendo las Islas Canarias en el crepúsculo azul de la tarde.

Pensaba en los monos y en cómo encontraría su jardín cuando llegase a Puddleby. Sonriente, Dab-Dab subía las escaleras a trompicones, con muchas noticias para contar.

—¡Doctor! —gritó—. Este barco de los piratas es precioso, ¡precioso! Las camas de abajo son de seda amarilla y tienen cientos de grandes cojines; el suelo está cubierto de alfombras gruesas y suaves; los platos son de plata; y hay toda clase de cosas buenas para comer y beber, cosas exquisitas; la despensa, bueno, es exactamente como una tienda. Yo no he visto nada semejante en mi vida. ¡Fíjese, esos hombres tenían cinco clases diferentes de sardinas! Venga a verlo... Ah, y ahí abajo hemos encontrado un cuartito pequeño con la puerta cerrada, y estamos locos por saber lo que hay dentro. Yip dice que debe de ser donde los piratas guardaban sus tesoros, pero no podemos abrir la puerta. A ver si usted la puede abrir.

Así que el doctor bajó y vio que era efectivamente un barco muy bonito y se encontró a los animales enfrente de una pequeña puerta, hablando todos a la vez tratando de averiguar lo que había dentro. El doctor dio la vuelta al tirador, pero la puerta no se abrió. Entonces todos empezaron a buscar la llave. Miraron debajo del felpudo; miraron debajo de todas las alfombras; miraron en todos los armarios, cajones y alacenas, y en los grandes aparadores del comedor; buscaron por todas partes.

Y a la vez que buscaban encontraban muchas cosas maravillosas que los piratas debían de haber robado de otros barcos: chales de Cachemira, tan finos como telas de araña, bordados con flores de oro; tarros de magnífico tabaco de Jamaica; cajas de marfil labrado, llenas de té ruso; un viejo violín con una cuerda rota y un dibujo en la parte posterior; un juego de fichas de ajedrez, talladas en coral y ámbar; un bastón del que salía una espada al tirar del mango; seis vasos de vino con el borde rematado de una franja de turquesas y plata; y un precioso azucarero todo hecho de nácar.

Volvieron a la puerta y Yip miró por el agujero de la cerradura, pero lo habían tapado por el interior y no se veía nada.

Estaban pensando qué hacer, cuando Tu-Tu dijo repentinamente:

—¡Ssss! ¡Escuchad! ¡Me parece que hay alguien ahí dentro!

Todos se quedaron callados un momento, hasta que el doctor dijo:

—Creo que estás equivocada, Tu-Tu. Yo no oigo nada.

—Estoy segura —dijo la lechuza—. ¡Ssss! Ya está ahí otra vez. ¿No lo oye?

—No, no oigo nada —dijo el doctor—. ¿Qué tipo de ruido es?

—Alguien se está metiendo la mano en el bolsillo —dijo la lechuza.

—Pero ¡eso apenas hace ruido! —comentó el doctor—. No podría oírse aquí fuera.

—Perdone, pero yo sí que puedo oírlo —dijo Tu-Tu—. Le aseguro que hay alguien al otro lado de esa puerta que se está metiendo la mano en el bolsillo. Casi todo hace *algún* tipo de ruido, si se tiene el oído suficientemente fino para captarlo. Los murciélagos pueden oír a un topo cuando anda por su guarida bajo tierra, por lo que presumen de tener muy buen oído. Pero nosotras, las lechuzas, podemos averiguar, utilizando solamente una oreja, el color de un gato por la manera que pestañea en la oscuridad.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el doctor—. Me dejas sorprendido. Eso es muy interesante... Escucha otra vez y dime lo que está haciendo ahora.

—No estoy segura todavía —dijo Tu-Tu— de si es un hombre. Puede ser una mujer. Levánteme para que pueda escuchar desde el agujero de la cerradura y en seguida se lo diré.

Así que el doctor cogió a la lechuza y la acercó a la cerradura de la puerta.

Al cabo de un momento, Tu-Tu dijo:

—Ahora se está restregando la cara con la mano izquierda. La mano es pequeña y la cara también es pequeña. *Podría* ser una mujer. Pero no. Ahora se está retirando el pelo de la frente. Es realmente un hombre.

—Las mujeres a veces lo hacen —comentó el doctor.

—Es verdad —dijo la lechuza—. Pero cuando lo hacen, su pelo largo hace un ruido muy diferente... ¡Ssss! Que ese cerdo tan intranquilo se esté quieto. Que todos contengan la respiración un momento para que pueda escuchar bien. Lo que estoy

haciendo ahora es muy difícil, ¡y esta latosa puerta es tan gruesa! ¡Sss! ¡Todo el mundo quieto, cerrad los ojos y no respiréis!

Tu-Tu se inclinó hacia adelante y escuchó muy atentamente durante un buen rato. Finalmente, miró al doctor a la cara y dijo:

—El hombre que está ahí dentro se siente desgraciado. Está llorando. Ha tenido cuidado de no gimotear para que no sepamos que está sollozando, pero he oído muy claramente el sonido de una lágrima que le caía sobre una manga.

—¿Cómo sabes que no era una gota de agua que caía del techo? —preguntó Gub-Gub.

—¡Vamos! ¡Qué ignorancia! —dijo Tu-Tu despectivamente—. ¡Una gota de agua que cae del techo hubiese hecho diez veces más ruido!

—Bueno —dijo el doctor—, si ese pobre hombre se siente desgraciado, tenemos que entrar y averiguar qué le pasa. Buscadme un hacha y tiraré abajo la puerta.

CAPÍTULO 17

LAS CHISMOSAS DEL OCÉANO

En seguida encontraron un hacha. Y el doctor no tardó en hacer un agujero en la puerta lo suficientemente grande como para entrar a gatas por él.

Al principio no podía ver nada, pues dentro estaba muy oscuro, así que encendió una cerilla.

La habitación, bastante pequeña, no tenía ventana y era baja de techo. No había en ella más muebles que una pequeña banqueta, y alrededor del cuarto, adosados a las paredes, grandes barriles sujetos por abajo para que no saliesen rodando con el movimiento del barco, y sobre los barriles, colgados en unas perchas de madera, jarros de estaño de todos los tamaños. Se advertía un fuerte olor a vino. Y en medio de la habitación estaba un niño de unos ocho años llorando amargamente.

—Estoy seguro de que esto era el bar donde se embriagaban los piratas —susurró Yip.

—Sí, es un lugar muy embriagador..., a mí me basta el olor para marearme —añadió Gub-Gub.

El pequeño se asustó mucho al ver a un hombre y a todos aquellos animales que le miraban fijamente a través del agujero que habían hecho en la puerta. Pero, tan pronto como vio la cara de John Dolittle a la luz de la cerilla, dejó de llorar y se levantó.

—¿Usted no es un pirata, verdad? —preguntó.

Y cuando el doctor echó la cabeza hacia atrás y se rio largo y tendido, el niño también sonrió y le cogió la mano.

—Usted se ríe como un amigo —dijo—, no como un pirata. ¿Puede decirme dónde está mi tío?

—La verdad es que no lo sé —respondió el doctor—. ¿Cuándo le viste por última vez?

—Antes de ayer —dijo el chico—, mi tío y yo estábamos pescando en nuestro barquito, cuando vinieron los piratas y nos capturaron. Hundieron nuestro barco de pesca y nos trajeron a éste. A mi tío le dijeron que querían que se hiciese pirata como ellos, porque es muy buen navegante con cualquier clase de tiempo, pero él les contestó que no quería ser pirata, pues matar gente y robar no es tarea para un buen pescador. Entonces, el jefe, Ben Alí, se puso furioso y rechinó los dientes amenazándole con que le tirarían al mar si no hacía lo que le mandaban. A mí me hicieron bajar y entonces oí que arriba se estaban peleando. Cuando me dejaron subir de nuevo, al día siguiente, no vi a mi tío por ninguna parte. Pregunté a los piratas

dónde estaba, pero no me lo quisieron decir. Tengo mucho miedo de que le tirasen al mar y que se haya ahogado.

Y el niño se puso a llorar nuevamente.

—Veamos, espera un momento —dijo el doctor—. No llores. Vamos a tomar el té en el comedor y hablaremos de ello otra vez. A lo mejor a tu tío no le ha pasado nada. Tú no estás seguro de que se haya ahogado, ¿verdad? Eso ya es algo. Tal vez le podamos encontrar. Primero vamos a tomar el té con mermelada de fresa, y luego veremos lo que podemos hacer.

Todos los animales habían permanecido en torno a ellos escuchando con mucha curiosidad, y cuando ya estaban en el comedor, Dab-Dab se acercó por detrás de la silla al doctor y le dijo muy bajito:

—Pregunte a las marsopas si se ha ahogado el tío del muchacho, ellas lo sabrán.

—Muy bien —dijo el doctor cogiendo un segundo pedazo de pan con mermelada.

—¿Qué son esos chasquidos tan raros que hace con la lengua? —preguntó el niño.

—Ah, es que acabo de decir un par de palabras en el lenguaje de los patos —contestó el doctor—. Ése es Dab-Dab, uno de mis animalitos.

—Ni siquiera sabía que los patos tenían su propio lenguaje —dijo el niño—. ¿Esos otros animales son suyos también? ¿Quién es ese ser tan extraño con dos cabezas?

—¡Ssss! —susurró el doctor—. Ése es el testadoble. Que no vea que estamos hablando de él, es muy tímido. Dime, ¿por qué te encerraron en ese cuartito?

—Los piratas me encerraron porque iban a robar en otro barco. Cuando oí que estaban dando hachazos en la puerta, no sabía quién podía ser. Me alegré mucho al ver que era usted. ¿Cree que encontrará a mi tío?

—Desde luego que lo intentaremos —dijo el doctor—. ¿Cómo es tu tío?

—Es pelirrojo —contestó el niño—. Muy pelirrojo, y lleva un ancla tatuada en el brazo. Es un hombre muy fuerte y una persona muy bondadosa conmigo, y además el mejor marinero de todo el Atlántico Sur. Su barco de pesca se llamaba *Sara la Salada*, era un balandro del tipo cúter con aparejos.

—¿Qué es eso de un balandro del tipo cúter con aparejos? —murmuró Gub-Gub volviéndose hacia Yip.

—¡Ssss! Era la clase de barco que tenía ese hombre —contestó Yip—. ¿Es que no puedes estarte callado?

—Ah —dijo el cerdo—. ¿No es más que eso? Creí que era algo de beber.

Entonces, el doctor dejó al niño para que jugase con los animales en el comedor y subió para ver si pasaba alguna marsopa.

Muy pronto apareció todo un banco bailando y saltando a través del mar, camino de Brasil.

Al ver al doctor apoyado en la borda del barco, se acercaron para saludarle. Y el doctor les preguntó si habían visto a un hombre pelirrojo con un ancla tatuada en un

brazo.

—¿Quiere usted decir el capitán del *Sara la Salada*? —preguntaron las marsopas.

—Sí. Ése es el hombre que busco, ¿se ha ahogado? —preguntó el doctor.

—Su barco de pesca se hundió —dijeron las marsopas—, le vimos en el fondo del mar. Pero dentro no había nadie.

—Su sobrino está aquí conmigo en el barco —dijo el doctor—, y teme que los piratas le hayan tirado al mar. ¿Seríais tan amables de averiguar con certeza si se ha ahogado o no?

—Oh, no se ha ahogado —contestaron las marsopas—. De haber sucedido, estamos seguras de que lo sabríamos por los crustáceos de alta mar. Nosotras sabemos todo lo que ocurre en las aguas saladas. Los crustáceos nos llaman las «chismosas del océano». Dígale al niño que sentimos mucho no saber dónde está su tío, pero que estamos completamente seguras de que no se ha ahogado en el mar.

El doctor bajó corriendo y le dio la noticia al muchacho, que le alegró mucho. El testadable cogió entonces al niño, se lo subió a lomos y le dio una vuelta por el comedor y todos los animales les seguían tocando el pandero con las tapas de las cacerolas y las cucharas, como si aquello fuese un desfile.

CAPÍTULO 18

LOS OLORES

El doctor dijo en voz alta:

—Hay que *encontrar* a tu tío. Eso es lo que ahora tenemos que hacer, pues ya sabemos que no se ha ahogado.

Entonces Dab-Dab se acercó a él y le susurró:

—Pida a las águilas que busquen a ese hombre. No hay ser vivo que vea mejor que un águila. Cuando están en el aire, a muchos kilómetros de altura, son capaces de contar las hormigas que andan por el suelo. Pídaselo a las águilas.

Así que el doctor envió a una de las golondrinas a buscar águilas.

Y al cabo de una hora, el pájaro volvió con seis águilas de diferentes especies: un Águila Imperial, un Águila Parda, un Águila Pescadora, un Águila Real, un Águila Buitre y un Águila de Mar de cola blanca. Eran el doble de altas que el niño y se posaron en la borda del barco, como si fuesen soldados cargados de espaldas, formadas en fila, severas, inmóviles, rígidas, mientras lanzaban miradas penetrantes aquí y allá con sus grandes y chispeantes ojos negros.

A Gub-Gub le aterrizaron, y se escondió detrás de un barril. Dijo que sentía como si sus terribles ojos le traspasaran para ver la comida que había robado.

Y el doctor dijo a las águilas:

—Se ha perdido un hombre. Es un pescador pelirrojo con un ancla tatuada en el brazo. ¿Seríais tan amables de buscarlo? Este chico es el sobrino de ese hombre.

Las águilas no hablan mucho, y lo único que contestaron con sus voces roncadas fue:

—Puede estar seguro de que haremos todo lo posible, ya que se trata de hacer un favor a John Dolittle.

Y emprendieron el vuelo. Gub-Gub salió entonces de detrás del barril para verlas partir. Y las águilas fueron subiendo cada vez a más y más altura, hasta que, cuando el doctor ya apenas las podía ver, se separaron y cada una se marchó en una dirección diferente: hacia el Norte, hacia el Este, hacia el Sur y hacia el Oeste. Parecían unos diminutos granos de arena negra que se deslizaban por el inmenso firmamento azul.

—¡Válgame Dios! —dijo Gub-Gub en voz muy baja—. ¡Qué altura! Están tan cerca del Sol que no sé cómo no se les abrasan las plumas.

Las águilas estuvieron ausentes durante mucho tiempo. Cuando volvieron era casi de noche, y le dijeron al doctor:

—Hemos explorado todos los mares y todos los países y todas las islas y todas las ciudades y todos los pueblos en esta mitad de la tierra, pero hemos fracasado. En la calle mayor de Gibraltar vimos tres pelos rojos en una carretilla delante de una barbería, pero no eran cabellos humanos, sino pelos de un abrigo de piel. No hemos

encontrado rastro del tío de este niño en ninguna parte. Y si *nosotras* no le hemos visto, es que no está visible... Por John Dolittle hemos hecho todo lo que nos era posible.

Entonces los seis enormes pájaros pusieron en movimiento sus grandes alas y emprendieron el vuelo hacia sus hogares de las montañas y las rocas.

—Bueno —dijo Dab-Dab, después que se hubieron marchado—, ¿qué vamos a hacer ahora? *Hay* que encontrar al tío del chico, de eso no cabe duda. El muchacho es demasiado joven para andar solo rodando por el mundo. Los niños no son como los patitos: hay que cuidarlos hasta que son bastante mayores... ¡Ojalá estuviese aquí Chi-Chi! Él encontraría en seguida a este hombre. ¡El bueno de Chi-Chi! ¿Qué tal le irá?

—Si por lo menos estuviese Polynesia con nosotros —dijo el ratón blanco—. *Él* sí que encontraría en seguida una solución. ¿Os acordáis de cómo nos sacó a todos de la cárcel la segunda vez? ¡Caramba, qué listo era!

—Yo no tengo demasiada buena opinión de esas águilas —dijo Yip—. No son más que unas presumidas. Tendrán muy buena vista y todo lo que se quiera, pero cuando se les pide que busquen a un hombre, no lo encuentran y tienen la cara dura de volver y decir que, de no ser ellas, no hay quien pueda encontrarlo. Son sencillamente unas engreídas, como el perro lobo de Puddleby.

Tampoco tengo muy buena opinión de las chismosas marsopas. Lo único que han sido capaces de decirnos es que el hombre no estaba en el mar. No nos interesa saber donde *no* está, lo que queremos saber es dónde *está*.

—Oh, no hables tanto —dijo Gub-Gub—. Hablar es muy fácil; lo difícil es encontrar a un hombre cuando hay que buscarlo por el mundo entero. A lo mejor al pescador se le ha puesto blanco el pelo de preocupación por el niño, y por eso no le han encontrado las Águilas. No sabes nada. No haces más que hablar, pero no haces nada útil. Tú eres aún menos capaz de encontrar al tío del niño que las águilas, tú ni siquiera podrías hacer lo que han hecho ellas.

—¿Qué no podría yo? —dijo el perro—. Tú que sabes, ¡so estúpido!, ¡so pedazo de jamón viviente! Yo no lo he intentado todavía. ¡Espera y verás!

Entonces Yip se fue hacia el doctor y le dijo aún un poco enfadado:

—Pregunte al niño si lleva algo en los bolsillos que haya pertenecido a su tío.

El doctor se lo preguntó. Y el niño les enseñó un anillo de oro que llevaba colgado de una cuerdecita alrededor del cuello porque era demasiado grande para ponérselo en el dedo. Dijo que su tío se lo había dado cuando vieron venir a los piratas.

Yip olió el anillo y dijo:

—No sirve. Pregúntele si tiene alguna otra cosa que perteneciese a su tío.

Entonces el niño sacó del bolsillo un gran pañuelo rojo y dijo:

—Esto también era de mi tío.

Tan pronto como el niño sacó el pañuelo, Yip exclamó:

—¡Caramba, rapé! Rapé de una buena marca. ¿No lo oléis? Su tío tomaba rapé. Pregúnteselo, doctor.

El doctor volvió a preguntar al niño, que dijo:

—Sí, mi tío tomaba mucho rapé.

—¡Estupendo! —dijo Yip—. Ya le podemos dar por encontrado. Es coser y cantar. Dígale que encontrará a su tío en menos de una semana. Subamos para ver de qué lado viene el viento.

—Pero es de noche ahora —dijo el doctor—. ¡No puedes encontrarle en esta oscuridad!

—No necesito luz para buscar a un hombre que huele a rapé —dijo Yip mientras subía las escaleras—. Si el hombre oliese a algo difícil, como a cuerda o... agua caliente, sería diferente. Pero rapé... ¡Vamos, vamos!

—¿Huele a algo el agua caliente? —preguntó el doctor.

—Claro que sí —dijo Yip—. El agua caliente huele muy diferente que el agua fría. Pero los olores más difíciles son el del agua templada o el hielo. Una vez seguí a un hombre durante diez kilómetros, en una noche oscura, por el olor del agua caliente con que se había afeitado, pues el pobre hombre no tenía jabón... El viento es muy importante para poder olfatear a distancia. No debe ser un viento muy fuerte y, evidentemente, tiene que soplar del lado adecuado. Lo mejor de todo es una brisa suave, húmeda y continúa... ¡Ah! Este viento viene del Norte.

Entonces Yip se fue hacia la parte delantera del barco y olfateó el viento murmurando para sí:

—Alquitrán; cebollas españolas; aceite de queroseno; impermeables mojados; hojas de laurel espachurradas; goma quemada; cortinas de encaje que están lavando... No, me he equivocado, son cortinas de encaje colgadas para secar; y zorros, cientos de zorros pequeños, y...

—¿Hueles realmente a todas esas cosas con sólo este poco viento? —preguntó el doctor.

—¡Pues, claro! —respondió Yip—. Y éstos no son más que unos pocos olores de los más fáciles, de los fuertes. Cualquier perro callejero podría percibir todos esos

olores aunque tuviese catarro de nariz. Espere y le diré algunos de los olores más difíciles que trae este viento, alguno de los más suaves.

Entonces el perro cerró los ojos, levantó el hocico y empezó a husmear, aspirando fuertemente el aire con la boca entreabierta.

Durante un largo rato no dijo nada y permaneció quieto como un muerto. Parecía que ni apenas respiraba. Cuando al fin empezó a hablar, era como si cantase tristemente en sueños.

—Ladrillos —murmuró muy bajito—, ladrillos amarillos muy antiguos que se desmoronan de viejos en la tapia de un jardín; la dulce respiración de unas vacas jóvenes que están en un arroyo de montaña; el tejado metálico de un palomar o, quizá, de un granero bajo el sol de mediodía; unos guantes de piel negra en el cajón de un escritorio de madera de nogal; una carretera polvorienta con un abrevadero de caballos bajo los sicomoros; pequeñas setas que nacen bajo las hojas podridas, y, y, y...

—¿Hay nabos? —preguntó Gub-Gub.

—No —contestó Yip—. No piensas más que en cosas de comer. No, no hay ningún nabo, y tampoco rapé; eso sí, hay muchas pipas y cigarrillos y unos pocos puros. Pero no hay rapé. Tenemos que esperar a que el viento venga del Sur.

—Sí, es culpa del viento... —dijo Gub-Gub—. Pero yo creo que eres un embustero, Yip. ¡A quién se le ocurre que vas a poder encontrar a un hombre en medio del océano sólo con el olfato! Ya te dije que no lo conseguirías.

—¡Mira —dijo Yip poniéndose realmente enfadado—, dentro de un momento te voy a pegar un mordisco en la nariz! ¡No pienses, porque el doctor no nos deja darte lo que te mereces, que puedes soltar cualquier impertinencia!

—¡Dejad de pelearos! —dijo el doctor—. ¡Dejadlo! La vida es demasiado corta. Dime, Yip, ¿de dónde crees que vienen todos esos olores?

—De Devon y de Gales en su mayoría —contestó Yip—. El viento viene de esa parte.

—¡Vaya, vaya! —dijo el doctor—. ¿Sabes que esto es realmente extraordinario? Tengo que anotararlo para mi nuevo libro. ¿Acaso podrías enseñarme a mí a oler así...? Pero, no, quizá sea mejor como estoy. Dicen que «lo mejor es enemigo de lo bueno». Bajemos a cenar. Tengo mucha hambre.

—Yo también —dijo Gub-Gub.

CAPÍTULO 19

EL PEÑÓN

A

la mañana siguiente, muy temprano, se levantaron de las lujosas camas con sábanas de seda y vieron que hacía un sol radiante y que el viento soplaba del Sur.

Yip olfateó el viento del Sur durante media hora, luego se acercó al doctor sacudiendo la cabeza y le dijo:

—No huele a rapé todavía. Tenemos que esperar a que el viento cambie y venga del Este.

Sin embargo, aunque a las tres de la tarde de aquel día el viento cambió al Este, el perro seguía sin oler a rapé.

El niño, entonces, se desilusionó mucho y empezó a llorar de nuevo y a decir que no había nadie que pudiese encontrar a su tío; pero Yip le dijo al doctor:

—Dígale que cuando cambie el viento y venga del Oeste, encontraré a su tío aunque esté en la China, si es que sigue tomando rapé.

Tuvieron que esperar tres días a que soplase el viento del Oeste. Y esto sucedió un viernes por la mañana temprano, justo cuando empezaba a amanecer. Una fina bruma cargada de humedad se extendía sobre el mar en forma de espesa niebla, y el viento era suave, templado y húmedo.

Tan pronto como se despertó Yip, subió corriendo y levantó el hocico. Entonces se puso muy nervioso y volvió a bajar precipitadamente para despertar al doctor.

—¡Doctor! —gritó—. ¡Ya lo tengo! ¡Doctor, doctor! ¡Despiértese! ¡Escuche! ¡Ya lo tengo! El viento viene del Oeste y no huele más que a rapé. ¡Suba y ponga el barco en esa dirección!

Al oírlo el doctor, se levantó de la cama apresuradamente y fue al timón para dirigir el barco.

—Yo iré en la parte de delante —dijo Yip—, y usted observe mi hocico para dirigir el barco hacia donde yo señale. Ese hombre no puede estar lejos, puesto que huele tan fuerte. Y el viento es húmedo y magnífico. ¡Ahora obsérveme!

Así que Yip permaneció en la parte delantera del barco toda la mañana olfateando el viento y señalando al doctor en qué dirección debía navegar el barco. Mientras tanto, los animales y el niño permanecían junto a él mirándole asombrados.

Hacia la hora de comer, Yip pidió a Dab-Dab que dijese al doctor que estaba preocupado y que quería hablar con él. Así que Dab-Dab fue a buscar al doctor, que estaba en el otro extremo del barco, y Yip le dijo:

—El tío del niño se está muriendo de hambre. Tenemos que hacer que el barco vaya lo más deprisa posible.

—¿Cómo sabes que se está muriendo de hambre? —preguntó el doctor.

—Porque el viento del Oeste no trae más olor que el del rapé —dijo Yip—. Si ese hombre estuviese guisando o comiendo algo, a la fuerza lo olería. Sólo está tomando rapé en grandes cantidades. Nos vamos acercando a él, porque el olor se hace más intenso cada minuto, pero haga que el barco vaya lo más deprisa posible, pues estoy seguro que ese hombre está hambriento.

—De acuerdo —dijo el doctor, y envió a Dab-Dab para que dijese a las golondrinas que tirasen del barco, lo mismo que habían hecho cuando los piratas les perseguían.

Los fuertes pajarillos descendieron y, una vez más, se engancharon al barco, y éste empezó a navegar cortando las olas a toda velocidad. Iba tan rápido, que los peces del mar tenían que apartarse saltando para que no les atropellase.

Y todos los animales se pusieron tremendamente nerviosos, y dejaron de mirar a Yip y se volvieron para otear el mar que se extendía delante de ellos, a fin de descubrir tierra o alguna isla, donde pudiese encontrarse el hombre hambriento.

Pero pasaba una hora y otra hora y, aunque el barco seguía avanzando a gran velocidad sobre la superficie inagotable del mar, no se veía tierra por ninguna parte.

Mientras tanto, los animales habían dejado de charlar y permanecían sentados en silencio, preocupados y abatidos. El niño volvió a ponerse triste, y la cara de Yip reflejaba una gran preocupación.

Finalmente, a última hora de la tarde, justo cuando el sol iba a ponerse, la lechuza, Tu-Tu, que se había posado en la punta del mástil, sorprendió repentinamente a todos al exclamar a grito pelado:

—¡Yip! ¡Yip! Veo un gran, gran peñón delante de nosotros; mira, por allí, donde el mar y el cielo se juntan. ¡El sol se refleja sobre él y parece de oro! ¿Viene el olor de allí?

Y Yip contestó:

—Sí. Allí es. Allí es donde está el hombre. ¡Al fin! ¡Al fin!

Y al irse acercando, vieron que el peñón era muy grande, tan grande como un vasto campo. No tenía árboles, no tenía hierba, no había nada en él. El gran peñón era tan liso y tan pelado como la concha de una tortuga.

Entonces, el doctor dio la vuelta al peñón con el barco, pero no se veía en él hombre alguno. Todos los animales forzaban la vista y miraban con la máxima

intensidad, y John Dolittle subió un telescopio de los camarotes.

Sin embargo, no se veía ningún ser viviente, ni una gaviota, ni una estrella de mar, ni una brizna de algas.

Todos seguían callados, aguzando el oído por si percibían algún sonido. Pero lo único que oían era el suave chapoteo de las pequeñas olas al chocar contra el flanco del barco.

Luego, todos empezaron a gritar:

—¡Hola! ¡Hola! —hasta que se quedaron roncós. Pero el eco era la única respuesta que se recibía del peñón.

Y el niño rompió a llorar de nuevo y dijo:

—¡Tengo miedo de no volver a ver a mi tío! ¿Qué voy a decirles cuando vuelva a casa?

Pero Yip gritó al doctor:

—Tiene que estar ahí, tiene que estar. ¡Tiene que estar! El olor no viene de más allá. ¡Le aseguro que tiene que estar ahí! Acerque el barco al peñón y déjeme saltar a tierra.

Así que el doctor acercó el barco lo más posible y echó el ancla. Y él y Yip desembarcaron.

Yip bajó inmediatamente el hocico a ras del suelo y empezó a correr por todas partes: bajaba, subía, iba hacia adelante, retrocedía, iba en zig-zag, se retorció, daba la vuelta, volvía sobre sus pasos. Y el doctor le seguía corriendo, pisándole los talones, a todas partes donde iba, hasta que se quedó sin aliento.

Finalmente, Yip dio un fuerte ladrido y se sentó. Y cuando el doctor se le acercó corriendo, encontró al perro mirando hacia un agujero muy grande y profundo que había en el centro del peñón.

—El tío del niño está allí abajo —dijo Yip tranquilamente—. ¡No es extraño que esas águilas estúpidas no pudiesen verle! ¡Para encontrar a un hombre hace falta un perro!

Entonces, el doctor bajó al fondo del agujero, que era una especie de cueva o túnel que se prolongaba un buen trecho bajo tierra. Luego encendió una cerilla y empezó a caminar por el oscuro pasadizo seguido de Yip.

Al doctor se le apagó la cerilla muy pronto y tuvo que encender otra, y otra, y otra. Por fin llegaron donde terminaba el pasadizo, y el doctor se encontró en una especie de pequeña habitación excavada en la roca.

Y allí, en medio de la habitación, con la cabeza apoyada en los brazos, yacía un hombre pelirrojo profundamente dormido.

Yip se acercó y olfateó algo que había a su lado en el suelo. El doctor se detuvo y lo recogió. Era una enorme caja y estaba llena de rapé.

CAPÍTULO 20

LA CIUDAD DEL PESCADOR

Con mucha, mucha suavidad el doctor despertó al hombre. Pero justamente en ese momento la cerilla volvió a apagarse y el hombre creyó que era Ben Alí que volvía, por lo que empezó a dar puñetazos al doctor en la oscuridad.

Sin embargo, cuando John Dolittle le dijo quién era y que tenía a su sobrino sano y salvo a bordo de su barco, el hombre se puso muy contento y pidió perdón al doctor por haberle pegado; claro que no le había hecho mucho daño, pues estaba demasiado oscuro para pegar bien. Entonces le dio al doctor un pellizco de rapé.

Y el hombre le contó que *el Dragón de Berbería* le había llevado a ese peñón, donde le abandonó, porque no había querido hacerse pirata, y que dormía en ese agujero, pues no había ninguna casa en el peñón donde protegerse del frío.

Luego dijo:

—No he comido ni bebido nada desde hace cuatro días. He vivido de rapé.

—¡Ya ve usted! —exclamo Yip—. ¿No lo dije yo?

Así que encendieron más cerillas y salieron por el pasadizo a la luz del día, y el doctor llevó al hombre rápidamente al barco para darle algo de sopa.

Cuando los animales y el niño vieron venir al doctor y a Yip con un hombre pelirrojo, empezaron a aplaudir y a gritar y a bailar por el barco. Y las golondrinas, en lo alto, se pusieron a silbar con todas sus fuerzas —y eran miles y miles—, para demostrar que ellas también se alegraban de que el valiente tío del niño hubiese aparecido. Hacían tanto ruido, que los marineros que estaban lejos, en medio del mar, creían que se avecinaba una gran tormenta.

—Escuchad la galerna que brama por el Este —decían.

Yip se sentía muy orgulloso, aunque hacía todo lo posible porque no se le notase. Cuando Dab-Dab le dijo:

—¡Yip, no tenía ni idea de que fueses tan listo! —el perro no hizo más que mover la cabeza y contestó:

—Oh, esto no tiene nada de particular. Para encontrar a un hombre hace falta un perro. Las aves no sirven para un asunto como éste.

El doctor preguntó al hombre dónde vivía, y les pidió a las golondrinas que guiasen el barco hacia allí primero. Y cuando llegaron a la tierra de la que el hombre les había hablado, vieron una pequeña ciudad de pescadores al pie de una montaña rocosa, y el hombre señaló la casa donde vivía.

Echaron el ancla y la madre del niño (que era hermana del hombre) bajó corriendo a la orilla para recibirles, riendo y gritando al mismo tiempo. Había pasado veinte días sentada en una colina mirando el mar y esperando que volvieran. Y le dio

al doctor muchos besos, lo cual le hizo reír y ponerse colorado como un colegial. Y también quiso besar a Yip, pero éste escapó corriendo y se escondió dentro del barco.

—Es ridículo esto del besuqueo —dijo—. Yo no lo aguanto. Que vaya a besar a Gub-Gub, si es que *quiere* besar a alguien.

El pescador y su hermana no querían que el doctor se marchase tan pronto. Le rogaron que pasase unos días con ellos. Así que John Dolittle y sus animales se tuvieron que quedar en su casa todo un sábado, un domingo y la mitad del lunes.

Y los chiquillos del pueblo bajaban a la orilla y señalaban el gran barco anclado allí, y se decían unos a otros muy bajito:

—¡Mirad! Ése era un barco pirata, era de Ben Alí, el pirata más temible que jamás surcó las aguas de los Siete Mares. Ese viejecito de la chistera, que está viviendo en casa de la señora Trevelyan, le quitó el barco al *Dragón de Berbería*, y le ha convertido en un agricultor. ¡Quién lo hubiese pensado de él, que parece tan pacífico...! ¡Mirad las grandes velas rojas! ¡Qué aspecto tan terrible tiene ese barco!, ¡y que rápido es! ¿No os parece?

Durante esos dos días y medio que el doctor permaneció en la pequeña ciudad de pescadores, la gente le invitaba continuamente a tomar el té, a almorzar, a cenar y a toda clase de fiestas, y todas las señoras le enviaban ramos de flores y cajas de dulces. Y la banda de la ciudad tocaba bajo su ventana por la noche.

Finalmente, el doctor dijo:

—Tengo que volver a mi casa. Habéis sido realmente muy amables. Siempre lo recordaré. Pero debo volver a casa, tengo mucho que hacer.

Justo cuando el doctor estaba a punto de marcharse, apareció el alcalde de la ciudad acompañado de muchas otras personas vestidas con trajes de fiesta, y se paró delante de la casa en la que estaba viviendo el doctor, y todo el pueblo acudió para ver lo que iba a suceder.

Después de que seis muchachos tocaran sus brillantes trompetas, para que la gente se callase, el doctor salió a la escalera, y el alcalde pronunció estas palabras:

—Doctor John Dolittle, es un gran placer para mí entregar al hombre que libró los mares del peligro del *Dragón de Berbería* este pequeño obsequio de parte de los agradecidos ciudadanos de nuestra querida ciudad.

El alcalde sacó entonces del bolsillo un pequeño paquete y, desenvolviéndolo, le entregó al doctor un magnífico reloj con incrustaciones de diamantes de verdad.

Luego, el alcalde se sacó del bolsillo un paquete mayor y preguntó:

—¿Dónde está el perro?

Todo el mundo se puso a buscar a Yip. Finalmente, Dab-Dab lo encontró al otro lado del pueblo, en un establo, rodeado de todos los perros de aquellos contornos, que le miraban sin decir nada, llenos de admiración y respeto.

Cuando trajeron a Yip al lado del doctor, el alcalde abrió el paquete más grande, en el que había un collar de perro en oro macizo. Del gentío subió un fuerte murmullo de admiración cuando el alcalde se agachó y se lo puso alrededor del cuello con sus propias manos. En el collar estaban escritas en grandes letras estas palabras: YIP. *El perro más listo del mundo.*

Entonces, toda la multitud se trasladó a la orilla para despedirles, y después de que el pescador pelirrojo, su hermana y el niño hubieron dado las gracias al doctor y al perro una y otra vez, el gran barco de las velas rojas dio la vuelta hacia Puddleby y zarpó mar adentro, mientras la banda del pueblo tocaba en la orilla.

CAPÍTULO 21

DE NUEVO EN CASA

Los vientos de marzo habían llegado y se habían ido; las lluvias de abril habían pasado; en mayo, los capullos habían brotado y florecido, y el sol de junio proyectaba sus rayos sobre la bella campiña, cuando John Dolittle, finalmente, llegó a su país.

Pero no fue directamente a Puddleby. Primero recorrió el país con el testadoble en un carromato de gitanos, deteniéndose en todas las ferias de los pueblos. Y en ellas, con los acróbatas de un lado y el número de los polichinelas del otro, colgaban un gran cartel que decía: VENG A VER EL EXTRAORDINARIO ANIMAL CON DOS CABEZAS DE LA SELVA DE ÁFRICA. Entrada SEIS PESETAS.

Y el testadoble se quedaba dentro del carromato, mientras los demás animales se tumbaban debajo. El doctor se sentaba en una silla delante y cobraba las seis pesetas, sonriendo a la gente que entraba. Y Dab-Dab tenía siempre bastante que hacer con regañarle, porque dejaba entrar a los niños gratis cuando él no le veía.

Los dueños de las casas de fieras y de los circos venían y le pedían que les vendiese tan extraño animal, por el que estaban dispuestos a pagar una gran cantidad de dinero. Pero el doctor siempre movía negativamente la cabeza y les decía:

—No. Al testadoble no se le encerrará nunca en una jaula. Tendrá siempre libertad para ir y venir como ustedes y yo.

Durante esa vida errante vieron espectáculos curiosos y presenciaron muchos acontecimientos extraños, pero todo les parecía muy normal después de las grandes cosas que habían vivido en tierras extranjeras. Al principio resultaba muy interesante formar parte de un circo, pero al cabo de unas pocas semanas empezaron a sentirse muy cansados, y el doctor y todos ellos estaban deseando volver a casa.

Pero era tanta la gente que acudía al pequeño carromato y que pagaba las seis pesetas por entrar y contemplar al testadoble, que muy pronto pudo el doctor dejar de ser presentador y retirarse.

Un hermoso día, cuando la malvaloca estaba en plena floración, volvió a Puddleby, convertido en un hombre rico, para vivir en la casa que tenía un gran jardín.

El viejo caballo cojo se puso muy contento de verle, y lo mismo les ocurrió a las golondrinas, que ya habían construido sus nidos bajo el alero de la casa y habían tenido sus crías. Y Dab-Dab también se sintió feliz de volver a la casa que conocía tan bien, aunque tenía mucho que limpiar, pues había telarañas por todas partes.

Una vez que hubo enseñado su collar de oro al presumido perro lobo de la casa de al lado, Yip volvió y se puso a correr por todo el jardín como un loco para buscar los huesos que había enterrado hacía mucho tiempo y para espantar las ratas de la carbonera; mientras tanto, Gub-Gub arrancaba los rábanos, que habían crecido, hasta alcanzar un metro de altura, en un rincón junto a la tapia del jardín.

El doctor fue en seguida a ver al marinero que le había prestado el barco, y le compró dos barcos nuevos y una muñeca para su niña; y también pagó al tendero los víveres que le había dejado para el viaje a África. Y compró un bonito piano nuevo y volvió a meter a los ratoncillos blancos en él, pues decían que en el cajón del escritorio había mucha corriente.

Después de llenar la hucha que tenía en una balda del aparador, le seguía quedando mucho dinero, y tuvo que comprar tres huchas más, igualmente grandes, para guardar el resto.

—El dinero —decía— es una lata. Pero resulta muy agradable no tener que preocuparse por él.

—Sí, ya lo creo que lo es —comentó Dab-Dab, que se estaba tostando unos bollos para la merienda.

Y cuando volvió el invierno y la nieve tropezaba en los cristales de la ventana de la cocina, el doctor y los animales se sentaban en torno al gran fuego después de cenar, y él les leía en voz alta sus libros.

Pero allá lejos, en África, cuando los monos charlaban en la copa de las palmeras, antes de acostarse, a la luz de la luna amarilla, se decían unos a otros:

—¿Qué estará haciendo el Hombre Bueno ahora, allá en la tierra de Los Hombres Blancos? ¿Creéis que volverá alguna vez?

Y Polynesia gritaba con su voz aguda:

—¡Creo que sí, supongo que sí, espero que sí!

Y el cocodrilo lanzaba entonces un gruñido desde el negro cieno del río:

—¡Estoy seguro de que sí! ¡A dormir!

Fin